



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

DOBLEMENTE EXTRANJERAS

Historias de mujeres migrantes de África, Asia, Europa del Este y Medio

Oriente

FLORENCE NICOLE RINGELE PONCE

CONSTANZA FERNANDA VARGAS GÓMEZ

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Reportaje

PROFESORA GUÍA: CAROLINA MUÑOZ CASTILLO

SANTIAGO DE CHILE

DICIEMBRE, 2016

INDICE

Prólogo	2
I. Realidad de la migración femenina en Chile.....	3
II. Migración en Chile: medio millón de oportunidades.....	6
III. De Manila a Proyecto Nanas.....	16
IV. Los restos del patriarcado.....	21
V. Las cuatro versiones de la femineidad.....	34
VI. Las navegantes del Pacífico.....	58
VII. La amenaza aspiracional.....	70
Bibliografía.....	74

PRÓLOGO

“Te voy a contar algo”, le dije a la mujer que estaba sentada junto a mi, mientras la observaba expulsar el humo de su cigarro: “hace poco, en la práctica, estuvimos almorzando con el equipo de web. Estábamos todos en una mesa larga. De pronto uno de mis jefes sacó su teléfono, y comenzó a mostrar imágenes de la nana alemana que dentro de poco llegaría a trabajar a su casa, en Las Condes. Era una niña más joven que nosotras, de unos 21 años, y entre los hombres se pasaban la imagen de la chiquilla, preguntándole a mi jefe si iba a ser capaz de resistir tal tentación en su casa. “Se parece a Britney Spears”, decían, mientras yo trataba de ocultar mi horror frente a aquel trato instrumentalizado de una mujer. ¿Habías escuchado eso? ¿Gente que trajera con agencias a mujeres de Alemania a trabajar de nanas? Este tipo contaba que la encontró por internet”, le pregunté. Mi compañera me miró intrigada, expulsando de nuevo el humo de su cigarro. No tardó demasiado en comentarme por primera vez acerca de las nanas filipinas que ahora trabajaban en algunos barrios de Las Condes y Vitacura.

La conversación sobre el tema se extendió durante algunos minutos más, y mientras su cigarro se consumía y mi *frapuccino* se derretía, las interrogantes comenzaron a aflorar: los por qué, los cómo, las condiciones, las diferencias y los procesos de adaptación de una mujer extranjera. Así fue como tomamos una decisión. La decisión de no quedarnos indiferentes ante un tema tan importante y atingente como lo es la migración femenina. Un tema que a la vez es muy cercano a nosotras, que tuvimos la oportunidad de vivir en el extranjero, lejos de nuestro hogar, en países desconocidos.

¿Cómo no hablar de ello, de lo difícil y diferente que es para una mujer llegar a una tierra desconocida, si en tu propia tierra ya te desconocen por el solo hecho de ser mujer?. ¿Cómo no entregarle voz a estas hijas, hermanas, madres valientes que lo abandonan todo en busca de un futuro mejor para ellas y sus familias? ¿Cómo no hablar de esto?, si a nosotras también nos tocó ser doblemente extranjeras, y tal vez mañana también podría tocarte a ti.

I

REALIDAD DE LA MIGRACIÓN FEMENINA EN CHILE

Durante la última década (2006-2016), y de acuerdo a los resultados de la encuesta de Caracterización Socioeconómica (Casen), los migrantes en Chile representan un 2,7 por ciento del total de la población, que proviene principalmente de países vecinos de Latinoamérica y el Caribe, pero también de otros continentes. Respecto a los primeros, han surgido numerosos estudios, investigaciones y reportajes, que cuentan de sus procesos migratorios, de adaptación, motivaciones y culturas. Sin embargo, poco se conoce sobre migrantes de África, Asia, Europa del Este o Medio Oriente. Más aún, sobre la migración femenina de ellos. Según la misma encuesta, en la región Metropolitana, las mujeres representan un 50,9 por ciento de la población migrante, y un 51,9 por ciento a nivel país.

Es debido a que la población migrante femenina es mayoritaria en Chile, y que no existen estudios sobre aquellas provenientes de otras regiones del mundo fuera de Latinoamérica, que nos pareció relevante investigar y escribir un reportaje sobre las condiciones de llegada, adaptación a Chile y percepción sobre nuestra sociedad que tienen las mujeres de culturas más lejanas como la asiática, la africana, de Medio Oriente o de Europa del Este. Los países de las nueve mujeres entrevistadas distan mucho del nuestro no solo geográficamente, sino también en cuanto a sus idiomas, religiones e incluso a sus características fisionómicas.

Este trabajo periodístico, además, llega instalarse en un contexto de lucha desde el género femenino, de cara al machismo y los abusos en términos sociales y laborales en torno a la mujer en nuestro país. La discriminación por la condición física para un puesto de trabajo y los salarios más bajos en comparación a los hombres, son ejemplos de aquello. Esto, en conjunto con el acelerado crecimiento de la migración en Chile la última década, nos llevó a indagar acerca de los vínculos existentes entre ambas temáticas.

Es imperante comprender que los procesos de adaptación en la migración en hombres y mujeres son diferentes, dado que en el género femenino dependemos de otro tipo de factores socialmente determinantes, como la maternidad. De momento, en Chile no existen políticas públicas modernas de migración, ni mucho menos políticas específicas para la mujer migrante, a pesar de representar a más de la mitad de quienes llegan al país. Es por esto que afirmamos que las mujeres migrantes son doblemente extranjeras: lo son, primeramente, en un mundo diseñado por y para hombres; y vuelven a serlo cuando, sin adaptarse a este en sus países de origen, emigran hacia otros.

Este reportaje se encuentra dividido en cinco capítulos. A lo largo de ellos, entrevistamos al jefe del Departamento de Extranjería y Migración -dependiente del Ministerio del Interior y Seguridad Pública-, Rodrigo Sandoval, para conocer la perspectiva de Estado y proyecciones del Gobierno en cuanto a la migración femenina. También a la Doctora en Estudios Latinoamericanos y académica Ximena Póo, quien nos dio una mirada teórica en cuanto al proceso migratorio que viven estas mujeres. Además, recogimos la visión sobre el caso particular de la inmigración siria, a través del embajador de ese país en Chile, Khalil Bitar. La dueña de la Pyme “Proyecto nanas” Carol Luco, en tanto, nos habló de cómo trae a mujeres filipinas, y recientemente nepalesas, a ejercer como trabajadoras domésticas en hogares del segmento ABC1.

En cuanto a testimonios, y gracias a datos proporcionados por el Departamento de Extranjería, conocimos a Olivia Ngunza, proveniente de la República Democrática del Congo. También llegamos hasta la rusa Maria Palshina, y gracias a Maria nos contactamos con su amiga Olga Tretyak, de Azerbaiyán.

A través de una de sus nietas, conocimos la historia de Leyla Basti, quien llegó desde Palestina, a mediados del siglo XX, durante la ola migratoria de Medio Oriente. Una historia similar, pero con un desarraigo más temprano protagonizó Nadya Tataryan, a quien nos presentaron en la celebración del día de Armenia. La rumana Raluca Adam nos contactó tras una solicitud en el grupo de Facebook “Rumanos en Chile”.

Indagando sobre “Proyecto nanas”, y tras conversar con su dueña, conocimos a la filipina María Cielo Manalansan, entrevistada en presencia de Luco. Más adelante, y gracias al

nexo hecho por ella, nos reunimos con Renuka Maharjan y Yangchen Dolma Sherpa, ambas de Nepal.

Dado que la inmigración en Chile se ha efectuado en distintos momentos de la historia, como la llegada de sirios y palestinos en la década de 1950, o el auge de trabajadoras domésticas filipinas a partir de 2010, decidimos capitular de esta misma forma el reportaje, con la intención de mostrar la llegada y acogida de mujeres migrantes en diferentes etapas del acontecer nacional.

Casi al final de este reportaje nos encontramos con una discusión abierta sobre una nueva ley migratoria para Chile, ya que la vigente data del año 1975. Después de confirmarse a Donald Trump como el nuevo presidente de Estados Unidos, conocido por un discurso político populista y anti-inmigración, sectores conservadores de nuestro país tomaron elementos de su campaña para elaborar un proyecto de ley discriminatorio y segregador al respecto. El gobierno, en tanto, frente a las presiones del oficialismo y la oposición, priorizó en su agenda la modernización de la normativa migratoria. Aunque el proyecto no se conoce en su totalidad, sería despachado al Congreso en enero de 2017.

El presente material responde a la corriente de periodismo feminista, que plantea que no es posible desligarnos, desde nuestra perspectiva de mujeres en el relato. Ese es el valor de nuestras impresiones contenidas en el reportaje, contadas desde una mirada femenina. Este reportaje ha sido escrito por mujeres, y busca a través del relato de historias de vida de mujeres migrantes, concientizar sobre sus procesos de adaptación. Al ser el periodismo convencional una representación patriarcal y una forma de perpetuar ese modelo, se hace necesario abrir una nueva perspectiva que ponga a la mujer como punto central.

II

MEDIO MILLÓN DE OPORTUNIDADES

“Este país, en el contexto de la región latinoamericana, no se ha caracterizado por ser receptor de migrantes, tal como lo constituyen el caso de Brasil, Argentina o Venezuela, donde ellos representan el 4% de su población”. Así lo señala el texto *Vocación de Paz*, publicado por el Ministerio de Relaciones Exteriores en 2016. Sin embargo, este es un panorama que ha cambiado durante los últimos años.

Dicho texto señala a su vez que Chile tiene el primer índice de paz en América Latina. Así, se afirma que “en 2016, Chile volvió a ser el país latinoamericano mejor ubicado en el Índice Global de Paz (IGP), escalando dos puestos en relación a 2015 y manteniéndose así en el primer lugar entre los países latinoamericanos, seguido de Costa Rica y Uruguay”. Aún no siendo un destino migratorio tan masivo como Brasil o Argentina, esta característica ha posicionado a Chile como un destino atractivo para quienes abandonan sus países de origen. Algunas migrantes han mencionado -más adelante en este reportaje- que tanto la estabilidad política -en comparación a algunos vecinos- como económica, han construido una buena imagen del país.

De esta manera se explica el auge migratorio gracias al cambio de modelo económico que abrió la economía nacional al comercio exterior, y junto con ello una serie de tratados y acuerdos internacionales que acercaron al país a la globalización. “La transformación experimentada por el modelo económico chileno a partir de mediados de la década de 1970 abrió las puertas para una paulatina inserción en la economía mundial de mercado, ajustándose a la realidad del mundo globalizado de la post-Guerra Fría”, se indica en el documento de la Cancillería.

El mismo libro señala que “en el período 2015-2016, Chile asumió la presidencia de la Conferencia Suramericana de Migraciones, desde donde ha promovido decididamente temas

como el acceso a la justicia y la libre movilidad. En el texto *Geografías de la espera, migrar habitar en la ciudad de Santiago, Chile 1990-2012*, los investigadores Correa, Bortolotto y Musset señalan que:

“Con la llegada de la democracia, y particularmente a partir del segundo milenio, en Chile comienza a producirse un fenómeno de apertura internacional, en principio de carácter económico y posteriormente jurídico-social, donde se ratifican importantes tratados internacionales de derechos humanos. Dentro de los principales vinculados al ámbito migratorio se encuentra la Convención sobre la Protección de los Derechos de los Trabajadores Migrantes y de sus Familiares (...) Es así como, a partir de los años noventa, comienza a gestarse en el país un nuevo escenario migratorio producido por una mezcla de factores, como la apertura internacional, el crecimiento económico, la estabilidad política y social; además de una percepción y proyección del aumento sostenido del bienestar que, como consecuencia, hacen que Chile se convierta en un destino atractivo para los migrantes”.

El jefe del Departamento de Extranjería y Migración, Rodrigo Sandoval¹, es un hombre que bordea los 45 años, amable y de buen trato. Aseguró que los factores que más llaman a la migración son la estabilidad política de un país, su crecimiento económico y las diásporas de acogida. El tercer factor es primordial cuando se habla de la migración latinoamericana que aumenta cada día en Chile, así como también para las migraciones de países más retirados como Siria y Palestina, que cuentan con grandes comunidades en el país desde hace años. Sin embargo, destacó que una de las principales características de los flujos migratorios en general es que no son lineales.

El flujo migratorio de un país y sus comportamientos están siempre determinados por los contextos del país de salida y del de entrada, y así mismo continúan influyendo siempre el uno en el otro. A pesar de esto, en Chile no existe mucha conversación entre países vecinos. “Yo siento que este es un tema que debiera trabajarse conjuntamente entre gobiernos”, dijo Sandoval, y reconoció que “siempre echo mucho de menos esta mirada dual de la migración, siento que no puedo tratar la migración en Chile si no converso con Colombia, porque yo tengo que saber que la gente que viene a Chile desde allá lo hace con

¹ Esta entrevista fue realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en mayo de 2016.

una historia, con un relato, y viene por motivos que se dan allá y por causas que yo provoqué acá".

Para Sandoval, Chile aún es un foco migratorio joven. El problema que surge con esto es que las respuestas de los gobiernos a las inquietudes que se presentan en los países son en conformidad con la necesidad de, efectivamente, dar una respuesta. Según Sandoval, es por esto que hoy recién se plantean soluciones respecto del tema migratorio, la pregunta es, ¿son estas soluciones de integración o de segregación? ¿Se dará cabida a un diálogo entre naciones para resolver estos temas? "La migración en Chile tiene una respuesta del Estado que siempre ha oscilado entre la desconfianza, la amenaza y el carácter utilitario de ella. En Chile desde los comienzos de la historia o desconfías de los migrantes o les pones requisitos, les pones problemas para que entren o los mandas a colonizar algún lugar donde los chilenos no quieren llegar", precisó Sandoval.

De acuerdo a estas concepciones, el jefe de Extranjería profundizó en los atributos que caracterizan a cada movimiento migratorio y sus motivaciones; explica que el debate que se da sobre las posiciones que asumen los estados sobre la migración se encuentra entre dos extremos: el modelo asimilacionista y el modelo de integración. El primero corresponde al esquema francés, en el que se espera que el extranjero se comporte como nacional, sin que el gobierno tenga que acomodarlo de ninguna forma; en el caso de Francia, según Sandoval, existe una neutralidad casi de carácter militante en cuanto a religión y cultura, entre otros.

En cuanto al modelo integracional, un claro ejemplo de este es el de Estados Unidos, un neoyorquino se porta de manera cosmopolita y no presenta mayores problemas con respecto a manifestaciones culturales o religiosas que no sean las mismas que él tiene, por esto existen barrios chinos o barrios latinoamericanos en California, por ejemplo.

La nueva Ley de Migraciones

Desde noviembre de 2016, el tema migratorio se instaló en la agenda pública. El triunfo del candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, Donald Trump, conocido por sus discursos anti inmigración y xenófobos, fue un trampolín para exacerbar posturas en Chile. Así, los sectores conservadores (partidos políticos de la derecha chilena) plantearon ideas a una futura normativa, como expulsar de inmediato a los

ilegales, acreditar un patrimonio suficiente para permanecer en el país, o por lo menos tener un contrato de trabajo. Fue así como se inició un debate entre oficialismo y oposición, y la necesidad apremiante de modernizar el Decreto de Ley N°1.024, promulgado el 14 de julio de 1975.

Desde el Gobierno, el Subsecretario del Interior, Mahmud Aleuy, detalló a T13, el 2 de diciembre pasado, que la iniciativa establecerá tres aristas: los derechos que tiene el país para el control migratorio, los derechos de las personas y las normas “precisas” para el trato de las personas. Además, señaló que la nueva ley deberá articular las libertades de los migrantes y la soberanía del país.

Sandoval añadió que en la nueva ley hay tres aspectos a modernizar. El primero es sobre el enfoque de derechos. “No puedes seguir mirando la experiencia migratoria como una especie de dádiva generosa del Estado”, aseveró, y enfatizó en que “la migración regula un derecho, regula el acceso a una libertad que tiene la persona de decidir residir, y le pones condiciones y lo que quieras, pero hay que entender que la persona tiene derecho a buscar un destino distinto”. El segundo aspecto que mencionó es la modernización del formato de divisas, “tú no puedes seguir haciendo que la gente eluda los formatos migratorios actualmente existentes, porque la ley no considera el formato que esa persona tiene”. Ejemplificó con que “un típico caso es quien viene a buscar trabajo como turista. La ley actual lo que hace es decir que ‘nadie viene a buscar trabajo, todos o vienen con trabajo o no vienen con intenciones de trabajar”.

A modo de ejemplo, y según la versión actualizada en la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, el Artículo 6° del Decreto de Ley N° 1.094 establece que “El otorgamiento y prórroga de las autorizaciones de turismo y de las visaciones a los extranjeros en Chile será resuelto por el Ministerio del Interior, a excepción de aquellas correspondientes a las calidades de residente oficial, la que será otorgada por el Ministerio de Relaciones Exteriores”. Aquello, a juicio del director de Extranjería, debería agruparse en una sola cartera que se haga responsable del otorgamiento de visas y permisos.

En cuanto a políticas centradas en la migración femenina, Sandoval señaló que el proyecto consideraría facultades para promover instancias e instrumentos para promover la cooperación entre los países de origen, tránsito y destino de los flujos migratorios.

Además, habría referencias explícitas al componente de géneros, expresándose en “las” y “los”. Al ser consultado por esa comunicación en la normativa actual, aclaró que no existe una línea en esa materia, y lo que hay, responde más bien a una lógica reactiva que a una política de largo plazo.

Así resumió sus expectativas de lo que la nueva ley debe contener: enfoque de derechos, formato de visas realista y nueva institucionalidad.

Hoy el panorama es distinto, dado que los inmigrantes llegan a centros urbanos consolidados en los que se vuelve imperante decidir si se quiere o no integrarlos y sacarlos de la diáspora. Aquí se produce un fenómeno particular, relató Sandoval. Se trata de cómo lo popular desarrolla la respuesta que el Estado no otorga, “Lo que ha pasado es que distintos actores sociales de las municipalidades, los tribunales, organizaciones sociales, los consultorios, los colegios, etc. Ante la ausencia de definiciones del Estado, han dado soluciones concretas vinculadas con la integración”. En educación, por ejemplo, los colegios República de Alemania o el República de Colombia, que albergan a una gran cantidad de niños migrantes, resolvieron celebrar las Fiestas Patrias de todos los países con la misma intensidad con la que se celebra el 18 de septiembre, sin tener un mandato del Ministerio de Educación.

Asimismo, existen ejemplos en Salud como el Hospital Exequiel Gonzalez Cortés, donde se vive un contexto de multiculturalidad en el que se hicieron pasantías para que ciertos especialistas viajaran a conocer la vida en otros países, para que luego atender a los pacientes extranjeros que llegaran al hospital, fuera algo más llevadero, “Es harta solución de base, a mí me gusta mucho eso, la gente lo ve como un problema, obvio que si es un problema que el Estado no haya tenido respuesta para este tipos de cosas, pero me parece super motivador que la sociedad civil y la primera línea haya sido capaz de dar esa respuesta”, dictaminó el director de Extranjería.

De la migración al género

Al tener la globalización, tercerización de la economía y movilidad en búsqueda del desarrollo como factores que impulsan la migración a nivel general, se hace necesario remitirla al sexo femenino, materia de este reportaje.

En *Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago*, la académica Florencia Jensen explicó que “Se registra un alto porcentaje de mujeres, con lo que se produce la llamada ‘feminización del proceso migratorio’ La literatura sobre la temática ha demostrado que existe una tendencia cada vez mayor a que sean las mujeres las que dejan el país de origen para instalarse como migrantes en otros países”, como también lo respaldan las cifras anteriormente mencionadas de Extranjería.

Asimismo, es frecuente que las mujeres que migran solas sean blanco de prejuicios y estereotipos de parte de la sociedad de acogida. Así lo indicó la socióloga y académica Gloria Camacho en su texto *Mujeres migrantes: Trayectoria laboral y perspectiva de desarrollo humano*: “Entre los prejuicios o estereotipos que suelen existir hacia las mujeres inmigrantes (...) es que vienen a vender servicios sexuales, o que fácilmente se involucran en este tipo de actividades”.

La Doctora en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, Ximena Póo² señaló que las mujeres migrantes tienden a sufrir una doble discriminación, “Hay que recordar que la inmigración está mediada por un proceso dado por la clase económica y social, pero principalmente es un tema de clase. En el caso de las mujeres somos doblemente discriminadas, porque el sujeto migratorio que valoran estos modelos es el hombre caucásico, blanco, occidental que por lo tanto porta estos valores incluso en su fisonomía.”, afirma. “A la mujer le agregas que es indígena, latinoamericana y pobre y tiene todas las condiciones para ser discriminada en una sociedad como la nuestra”, continuó.

En cuanto a políticas gubernamentales enfocadas específicamente a la mujer migrante, tampoco existen muchas en Chile. Desde el Departamento de Extranjería han surgido algunas respuestas a problemas que rodean la migración femenina estos últimos dos años, por ejemplo, la entrega de visas a víctimas de violencia familiar que, si bien no es un tema solo de la mujer, sí tiene una prevalencia femenina. Sandoval plantea que es difícil hablar de la migración femenina sin hacerse cargo de los niños, ya que usualmente es la mujer la que viaja con ellos. Por ello, añade, la carga de una mujer migrante es mucho mayor a la de un

² Entrevista realizada por Florence Ringle y Constanza Vargas en diciembre de 2016

hombre, en primer lugar, porque generalmente ella viaja con los hijos, por lo que necesita trabajo de inmediato cuando llega al país de destino.

Es por esto que en estos últimos años el departamento de Extranjería redujo los precios de las visas a niños de todos los países y edades, y quitó las multas a los niños y niñas adolescentes, algo que ha impactado fuertemente la migración femenina en el país. Sin embargo, aún no es suficiente para acabar con los prejuicios y problemas a los que se ven enfrentadas las mujeres migrantes en Chile. Este aspecto, al menos dentro de las aristas principales que se conocen acerca del proyecto ley, no se encuentra mencionado siquiera.

La socióloga Camacho, por su parte, señala en su texto que:

“Una de las principales características y modalidades de las corrientes migratorias actuales es la progresiva incorporación de las mujeres a los movimientos migratorios transfronterizos, llegando a constituir la mitad de la población que se desplaza por el orbe. Si bien las mujeres siempre han formado parte de las migraciones internas e internacionales, sea para apoyar el proyecto migratorio de los hombres de su familia o por cuestiones económicas, el desplazamiento actual se caracteriza porque las mujeres ya no viajan para acompañar a sus pares masculinos, sino que lo hacen de forma autónoma y con fines laborales orientados a garantizar su subsistencia y la de sus hogares”.

La investigadora agrega que las principales motivaciones migratorias responden a aspectos económicos, temas políticos, discriminación étnica o religiosa, motivaciones ambientales o reagrupación familiar. “Existen estos focos, pero es importante entender que el componente de género no está considerado en la ley migratoria en ningún caso, en las políticas migratorias muy sutilmente, como elemento de género no está, lo que pasa es que existen algunas cuestiones identificables al género que tú abor das de manera particularizada”, incorporó Sandoval.

A pesar de que el jefe de Extranjería manifestó que no existen políticas particulares para la mujer migrante trabajadora, no es indiferente al hecho de que son completamente necesarias en nuestra sociedad: “Si tú le aplicas la misma regla a todas las personas termina siendo injusto, y lo que sucede con la mujer migrante es eso: ella viene con un nivel de precarización del cual uno tiene que hacerse cargo. De partida el ser inmigrante precariza, el hecho de que

tú no puedas pararte en Chile e inmediatamente comenzar a buscar trabajo te complica, que además te pares en un lugar en el cual somos conocidamente xenófobos y hasta racistas, te complica. (...) Entonces si tú te fijas una mujer migrante pobre tiene todas las discriminaciones posibles”, explicó.

Refugiados: la promesa incumplida

En el texto *Novedad migratoria: refugiados colombianos en Chile en Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile 1990-2012*, el investigador Carlos Mauricio Ortegón distingue esta categoría como “particular”, al señalar que, en este caso, la decisión de emigrar difiere de motivaciones económicas, medioambientales o estudiantiles. “En el caso de los refugiados, son asociados a un tipo específico de migración forzada, motivada por conflictos que afectan a las comunidades de origen que ponen en riesgo la vida e integridad de la mujer”, dice.

Además, la Organización de las Naciones Unidas ha definido a los refugiados como “personas que, debido a un temor de persecución bien fundada por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social o a una opinión política, se encuentran fuera de su país de origen y no puedan o, por causa de dichos temores, no quieran acogerse a la protección de tal país”.

La Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) consigna que, hasta 2010, en Chile había 1621 personas refugiadas (incluyendo de países de América), la mayor parte de ellas proveniente de Cisjordania y Franja de Gaza, con 116 personas, seguido de Afganistán con 12, Kenya y Somalia con dos y Camerún, Nigeria y República Democrática del Congo con solo uno.

Debido a la guerra civil que actualmente se vive en el territorio sirio, entre 2014 y 2015 el gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet anunció la disposición del país para recibir refugiados sirios, dada la crisis humanitaria del país. En 2016, Sandoval ratificó la iniciativa y además indicó que la disponibilidad ascendería a una cifra de hasta 200 refugiados.

Hoy, el proyecto aún no se ha puesto en marcha. En entrevista con Emol, a mediados de julio, Sandoval señaló que hoy se encuentran en la búsqueda de recursos para financiar el proyecto, aparte del compromiso del Estado de Chile. "Lo que falta hoy es el tema de los recursos.

Ahora estamos en la comunidad aportante internacional, que son países que están interesados en aportar en una solución duradera para los refugiados que lleguen a Chile. Hasta ahora, nos ha ido bastante bien, hay interesados para apoyar la causa y estamos gestionando para obtener esos recursos", precisó.

Khalil Bitar, Embajador de Siria en Chile nos contó que existen grandes problemas con los refugiados sirios a nivel mundial. Según Bitar, en algunos países de Medio Oriente existen campos de concentración de refugiados donde, si bien no son tal como los campos de concentración de judíos durante el Holocausto, de todas formas se reciben malos tratos y viven en condiciones paupérrimas.

Sobre el proyecto de acogida del gobierno, el embajador explicó, "La Presidenta de la República de Chile anunció hace un año que tiene una iniciativa para recibir refugiados sirios. Hasta ahora han llegado 2 o 3 personas en calidad de refugio, pero la iniciativa aún no se concreta. La mayoría de los que vinieron, si no es el total, vinieron como inmigrantes, con sus propios medios o con la ayuda de familias chilenas de origen sirio".

En Santiago existe una colectividad siria, de tercera y cuarta generación, la mayoría ya tienen la nacionalidad. Sin embargo, si hablamos de la nueva generación, según el embajador, son alrededor de 500 los migrantes que tienen documentos sirios. La mitad del total de estos migrantes son mujeres de entre 30 y 40 años. Esto constituye una diáspora de acogida significativa para el ingreso de refugiados, dado que Sandoval indicó que aquello es uno de los factores más importantes para migrar a otro lugar. En Santiago los sirios incluso cuentan con una organización llamada Club Sirio Unido, que presta ayuda a las familias de la comunidad y a las mujeres, para insertarse mejor en la sociedad chilena. En materias de salud tienen además el respaldo de la clínica siria, donde tienen un año de atención gratuita para los recién llegados, aunque la clínica no cuenta con los medios necesarios para realizar operaciones.

A pesar de esto, existen familias que llegaron a Chile con títulos universitarios y un nivel educacional alto, que han terminado trabajando de meseros y otros oficios afines, "Hay muchas ingenieras, hay dentistas, hay profesionales en general (...) pero el tema de la evaluación de título tiene muchas dificultades", precisó Bitar.

Según Sandoval en la entrevista mencionada, el monto de dinero que se empleará para la realización del proyecto es relativo, pero considerará vivienda, educación, salud, trabajo e integración en la sociedad chilena con el apoyo de psicólogos, algo que el embajador de Siria y su comunidad hoy echan de menos. Sin embargo, el proceso de selección de aquellos que opten al beneficio se llevará a cabo una vez que se hayan conseguidos los dineros faltantes, consignó Emol.

III

DESDE MANILA A “PROYECTO NANAS”

“Proyecto nanas” es una pyme ubicada físicamente en la comuna de Las Condes. Lleva cinco años creciendo y volviéndose cada día más popular. Se trata de una agencia que importa trabajadoras domésticas desde Filipinas, ofreciéndoles aquí una vida nueva, puertas adentro, lejos de sus raíces, su idioma y sus familias, en muchos casos.

La dueña de la empresa es Carol Luco³, una mujer de unos 45 años, que esconde su baja estatura con unos altos tacos de aguja y plataforma. De voz delicada y suave, vestía un escote pronunciado durante las dos entrevistas que realizamos con ella, además de muchos accesorios llamativos y de colores dorados. Ha viajado por gran parte de Asia conociendo mujeres y captando nuevos nichos para atraer *domestic helpers*, como les nombra a veces, a Chile. Cuando la conocimos tenía a su cargo a 300 filipinas, y estaba preparando un viaje a Nepal. Meses después, recibió a dos mujeres provenientes de la capital de ese país: Katmandú.

Esperamos por una entrevista con esta *visionaria* durante al menos una hora -a pesar de llegar a la hora indicada-, en un pequeño recibidor. Entre todo el alboroto que provocó la llegada de una nueva trabajadora o “nanita” -como también les llama Carol-, junto a su esposo, su pequeño hijo y sus enormes maletas, pudimos escuchar que una mujer llamada Miriam comenzó a trabajar el 28 de febrero y estando ese día más o menos a mediados de mayo, aún no tiene su previsión de salud. Nadie se hace responsable. ¿Qué habría hecho Miriam si hubiera tenido que ir al doctor? ¿Acaso no se habría resfriado ni una vez en todo este tiempo, a pesar del cambio climático con su antiguo hogar?

El reloj corría y afuera se hacía de noche. Dos niñas con rasgos asiáticos nos sirvieron un café justo antes de que, por fin, nos hicieran pasar a la oficina. “La mayor fortaleza de ellas es la actitud. Ellas se sienten profesionales del trabajo doméstico” Así partió su entrevista.

³ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en mayo de 2016.

Conforme nos relataba la historia sobre cómo llegó a este negocio, lo primero que despertó fuertemente nuestra atención es que esta agencia no admite mujeres profesionales, aunque eventualmente pueden ser profesoras: la preferencia es por mujeres que no tengan grado académico alguno. Ella continuó conversando, y sentenció “Hoy todos quieren una nana filipina porque son top, les da status a la gente porque hablan en inglés”, eso explica que a pesar de lo joven del negocio, hoy en día haya alrededor de 500 mujeres filipinas -300 a su cargo- haciendo trabajo doméstico, en su mayoría, en las comunas de Las Condes y Vitacura.

Lo segundo que captó nuestro foco es cómo contaba que allá estas mujeres no tienen sistema de previsión, algo perfecto para esta agencia, porque significa que estas mujeres trabajan aunque estén muy enfermas. Pero lo que más nos impactó fue el nivel de discriminación que existe dentro de esta empresa, que quedó manifiesto cuando esta mujer nos cuenta lo siguiente: “Casi siempre uno tiene que estar dispuesto a lidiar con problemas. Por ejemplo, imagínate una vez teníamos los papeles de una nana lista y estaba todo bien, hasta que llega a Chile y nos enteramos de que la niña era lesbiana”. Ella nos observó a las dos, como esperando una respuesta de espanto, pero al ver que ninguna de las dos respondió, continuó “O sea es que, por favor, imagínate que uno se va de viaje y nadie querría dejar a su hija a cargo de una lesbiana: que la bañe una lesbiana, no, impensable”.

No pudimos evitar preguntarle si acaso no le parece que es lo mismo que dejar que una mujer heterosexual bañe a su hijo. Ella se puso roja, como si algo la estuviera ahogando por dentro, pero simplemente soltó un “Es que tú no entiendes, cuando tengas hijos sabrás de qué hablo”. Nos limitamos a asentir.

Pasaba el tiempo, mientras ellas nos contaba otros detalles del trabajo que ejecuta con estas muchachas, como la semana de training que les hace a cada una de ellas en su casa de Concón: “Partimos con una inducción que es lo que nosotros consideramos que es como estándar para todas las familias chilenas y ellas tienen que someterse a eso. Pero la voluntad existe, a pesar de sus tradiciones, a pesar de su religión súper dispuestas a aprender, y a probar incluso las comidas nuestras”, señaló. “Las chicas como que del minuto uno siguieron las reglas, se pusieron el delantal, no cuestionaron nada la verdad”, agregó.

El nuevo nicho: Nepal

Un par de meses después de la primera entrevista -desde la comodidad de su centro de operaciones, en Badajoz 100- Carol Luco nos contó que, hasta noviembre de 2016, ya había dos nanas nepalesas trabajando en Chile, a las que se sumaría un grupo de 20 más. Además, hay un grupo de hombres de ese país que en ese momento ya se encontraba trabajando en los campos de la zona central, donde cosechan uva y cereza. A ello, Luco añadió que, si bien trató de insertar indios y filipinos a estas labores, no resultó porque, al contrario de los nepaleses, los primeros "son muy flojos". A mediados de noviembre tenía planeado hacer un segundo viaje a Nepal. Ella define la experiencia de cada "domestic helper" como "casi un experimento social".

A medida que avanzaba la entrevista con Luco, iba estableciendo diferencias entre la nana filipina y la nepalesa. Así, aclaró que en Nepal “por lo general las chicas son hindú de religión, solteras hasta el momento, edad en promedio unos 30 años, pero tengo muchas candidatas muy jóvenes, 21 años y ya tienen experiencia”. Y explicó que con eso queda demostrado que hay mucho interés por salir del país, y que las nepalesas y asiáticas en general parten como nanas, “las que hacen este esfuerzo de salir muy jóvenes, consiguen mejorar o cambiar su vida rápidamente”.

Después afirmó que Nepal es un país “bien machista” y que “las mujeres son bien sometidas”. “Lo mismo pasa en la India, intenté por ahí traer a las mujeres de los indios que estaban trabajando en el campo, para trabajar de nanas pero no lo conseguí porque no les dan permiso, no conseguí traer a ninguna”, nos contó, sobre un nicho que no funcionó. Sin embargo, enfatizó en que “Ahora mismo tenemos unas chicas en República Checa, otras en Marruecos, y nos contacta la gente. O sea, a pesar de que somos una agencia super chiquitita nos conocen en todo el mundo, entonces la gente nos contacta y procesamos visas de todas partes”.

Al preguntarle por sus proyecciones a futuro y su interés por explorar nuevos campos de trabajo y países, ella contestó "Si quieren nanas, traigo nanas. Si alguien me pide un médico, les traigo un médico."

La situación legal y la trata

A medida que comentaba sobre el carácter de las mujeres nepalesas y establecía comparaciones -a ratos odiosas, como que las primeras son más sumisas que las segundas, que tildó de “chismosas”- entre ellas y las filipinas, no pudimos esquivar preguntarle por la situación legal de estas mujeres. Ya sabíamos que las filipinas no tenían previsión de salud en su país y las leyes laborales chilenas las favorecen más que en sus países de origen. En ambos casos, aseguró, tienen más beneficios y entran al sistema de pensiones. “Están maravilladas con la vida de acá, con las condiciones laborales, la preocupación que hay de los empleadores”.

Obtener las visas de residencia chilena ocurre después de dos años, tiempo en el que ellas permanecen trabajando en Chile con una visa sujeta a contrato de trabajo. Luco decía que si una de las trabajadoras no lograban adaptarse por algún motivo, se les cambiaba a una visa temporal, lo que permite reubicarlas con otro empleador, “Siempre el status de *mis* filipinas es legal, o sea, dependiendo de la situación es la visa que vamos a procesar, dependiendo del tiempo es la visa que les corresponde”, aseguró durante nuestra segunda entrevista con ella, y agregó que la situación de las nepalesas es la misma.

Lo que vino después fue la pregunta que nos llevó a ese pequeño recibidor de paredes blancas y frías por segunda vez, tras haber escuchado las declaraciones de Extranjería respecto de esta empresa. La abordamos directo al grano para saber qué opinaba de que se afirmara que la situación de las nanas está al borde de la trata. Su respuesta fue la esperada, primero se alteró un poco y nos preguntó si tenemos idea de lo que “trata” significaba, y nosotras afirmamos estar en buen conocimiento del concepto. Luego de la aclaración ella prosiguió: “Nosotros hacemos todo legal, si hubiera algún tipo de trata no tendrían una visa sujeta a contrato de trabajo. Todo lo que hacemos nosotros es legal (...) El que quiere nuestros servicios obviamente tiene que pagar por ellos, así que no aplica. Ahora, si las trajéramos con un contrato engañadas para trabajar en otra cosa, para hacer otras cosas con ellas... Pero yo traigo nanas a trabajar de nanas, yo traigo trabajadores agrícolas a trabajar en el campo”.

La empresaria no alcanzó a perder los estribos, aunque su lenguaje corporal indicaba que podía estar cerca. Al final aclaró que ella no se hace cargo de lo que se esté haciendo con las 200 trabajadoras que llegan a Chile por sus propios medios, ella solo responde por *sus* 300 filipinas y *sus* nepalesas.

Carol nos aseguró que la trabajadora doméstica está muy bien valorada en Chile, que es un trabajo muy seguro y supone el mejor de los comienzos para alguien que quiere forjar su vida en otro país después porque “vas a trabajar 2 o 3 años de nana, seguramente te vas a sacar la cresta pero no vas a gastar nada, puedes mandarle plata a tus hijos...”. Aunque, según lo que recabamos durante nuestras entrevistas, no siempre se cumple esta promesa de prosperidad. De todas formas nos preguntamos, si está tan bien valorado el trabajo doméstico en Chile, ¿cómo es que no está en auge dentro de las chilenas? “Porque las chilenas no tienen para qué hacer esta pega, si ganan más plata trabajando menos y tienen donde vivir, en cambio para las extranjeras es súper buena opción vivir en las condiciones que se vive en Chile”, respondió Luco.

IV

LOS RESTOS DEL PATRIARCADO

El siguiente capítulo comprende dos perfiles a mujeres llegadas entre las décadas del 50 y 60 a Santiago de Chile. Ambas provienen de sociedades patriarcales, que las educaron para ser mujeres dóciles y sumisas, y donde la liberación de la mujer es un tema que ha entrado muy recientemente en las agendas políticas.

Leyla Basti y Nadya Tataryan se vieron forzadas a abandonar sus países de origen a muy temprana edad y en circunstancias muy difíciles. Llegaron a un Chile que se encontraba en época de transiciones y con un clima económico incierto, sin embargo, lograron sortear las dificultades que se presentaron e integrarse a la sociedad chilena. La visión de estas mujeres es importante porque a través del tiempo han podido dar cuenta de los progresos y los estancamientos de nuestro país.

Los países de origen

La región geográfica comprendida entre Egipto, Turquía, la península arábiga e Irán, ha sufrido un éxodo de personas buscando sobrevivir entre el caos de las guerras civiles, el conflicto árabe-israelí y violencia armada, dando origen a la crisis de refugiados más grande desde la Segunda Guerra Mundial. Grupos fundamentalistas islámicos como Al Qaeda, ISIS o el Yihad, han teñido esta vasta zona de sufrimiento, dolor y sangre, e impulsado la salida de miles. Aunque ninguna de las mujeres entrevistadas es refugiada, sí llegaron a Chile en el primer grupo que se asentó a mitad del siglo XX en Chile y otros países de Latinoamérica, buscando un mejor devenir.

Al ser la mayoría de los países de la región exportadores de petróleo (Irán, Irak, Kuwait, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita), las principales economías mundiales han posado sus ojos e intereses en ellos, causando conflictos que han acabado con la calidad de vida de sus habitantes y han hipotecado las materias primas de estos países por generaciones enteras.

Si bien Palestina se puede clasificar dentro de los países de Medio Oriente, Armenia corresponde a la región de Eurasia, al encontrarse en una zona limítrofe indeterminada entre ambos continentes. Pese a que la religión predominante en los países de la región es la musulmana en distintos grados, las dos entrevistadas de este capítulo profesan la religión católica.

Leyla Basti: la inocencia y la prosperidad⁴

Cómo comenzar a describir una nación con tantas dificultades como Palestina. Una nación tan antigua como el cristianismo y tan violentada por sus hermanos limítrofes. Una nación que fue erradicada de su “propio” territorio a mediados del siglo pasado al estallar, una vez más, el conflicto árabe-israelí. Una nación que se vio obligada a repartirse por el mundo, sin destino claro. Una nación sin tierras, un pueblo sin ciudades, una promesa que jamás se cumplió y aún así su gente se mantiene en pie.

En Chile existe una conexión singular con este pueblo desplazado. Según la BBC, este el país en el mundo con más población Palestina, fuera del espectro árabe e israelí. No por nada existe en el país un club de fútbol llamado Palestino y un centro de reuniones en Las Condes, en el que periódicamente se juntan todos los palestinos de Santiago y hacen fiestas. A esas fiestas acudía Leyla Basti, años atrás, cuando aún tenía a su marido. Ambos se acercaban para pasar un momento agradable junto a quienes fueran sus compatriotas en este país tan lejano del que los vio nacer.

Leyla tenía 14 años cuando tuvo que salir de Palestina, durante los primeros años en los que estalló el conflicto árabe-israelí. En primera instancia se mudó con sus dos hermanas menores, su hermano y sus padres a Haití, donde les dijeron encontrarían prosperidad y trabajo. Vivieron en el país por siete años, durante los cuales conoció a su marido, Jorge, un chileno que trabajaba en República Dominicana, de padres árabes. Era su primo en tercer o cuarto grado. Con el tiempo, su familia decidió mudarse a Perú y, poco después, Leyla decidió casarse con Jorge y comenzar una nueva vida en Chile. Pero lo más probable es que Leyla jamás esperara la cantidad de “bendiciones” que le depararía Chile: con tan solo 22 años empezó de cero una fábrica de ropa interior que le daría todo en la vida, incluida la preciosa casa blanca, de techo alto y elegantes muebles, a la que nos invita para contarnos su

⁴ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en mayo de 2016.

historia de vida: la historia de una mujer próspera, con tres hijos, y más vigor y paz que nunca a sus casi 70 años.

“Yo soy inmigrante, pero me siento chilena porque ya llevo cincuenta y dos años en Chile. Bastante chilena de corazón . Mi vida está acá, mis hijos, mi familia, nuestra familia ya tiene hijos, nietos, primos, etcétera”, afirmó ella, tras acariciar el pelo rizado de su nieta, que se encontraba junto a nosotras en la mesa.

Cuando Leyla llegó a vivir a Santiago, en Chile se vivía bajo la administración de Frei Montalva. En esos tiempos, según ella, las calles estaban lejos de ver crímenes a plena luz del día y el clima político se encontraba en calma, sin embargo, extrañar tu tierra y tu familia es algo que siempre pesa en el alma. “Yo extrañaba mucho la tierra palestina, familia más que nada. Era muy bonito estar con los tíos, con los primos, muy bonito. Pero uno se va acostumbrando. Después tú formas tu familia, hijos, tu marido... Nosotros nos casamos en Perú y después nos vinimos ya casados a Chile”.

Leyla hizo una pausa para recoger el salame que cayó al vidrio de la mesa y volver a posarlo sobre su pan. Nos pidió disculpas entre risas y luego respondió que el proceso de adaptación en Chile no fue tan difícil, ella hablaba inglés y francés desde el colegio, lo que le permitió dominar el creolé en Haití y posteriormente el castellano en Lima. Es una mujer con facilidad para los idiomas, como ella misma se describe. Un rato después, en algún segundo paramos la grabación, y retrocedimos el audio y le pusimos play por alguna razón. Lo siguiente que escuchamos fue a la mujer chillar con júbilo sobre su acento en el audio de la grabadora. Cuando dejó de reírse, explicó “Es que uno cree que no tiene acento, yo creo que no tengo ya después de 50 años, pero ahora que me escuché me doy cuenta de que tengo mucho”.

Los siete años en Haití fueron cruciales para el posterior proceso de adaptación en Chile. En esa tierra Leyla aprendió a dejar atrás a sus primos, a sus tíos y al resto de su familia en general. Tuvo que olvidarse del mundo construido por una niña de 14 años, que no terminaba por comprender las razones de una guerra que le era ajena en tantos sentidos, pero pertinente solo por ser una palestina más. Fueron siete años de sentirse muy sola, según su relato, hasta que en el tiempo del Presidente Magloire comenzaron los incidentes, los desórdenes y las revoluciones en Haití, a mediados del siglo pasado.

“Cuando llegó Papa Doc, el trabajo, la razón por la que nosotros nos fuimos para allá, se fue cayendo. El comercio estuvo muy difícil, no te dejaban abrir las tiendas... Así que mis padres decidieron ir al Perú”, precisó. “¿Cómo fue todo cuando llegó a Chile?”, preguntamos. Ella nos contó de sus primeros años, de su casamiento y de cómo el apoyo y el amor de la familia de Jorge, su esposo, le permitieron abrirse camino en un Chile donde las influencias del socialismo eran cada vez más relevantes y la inflación se mantenía por los cielos, propagando huelgas y revoluciones a nivel país, según se explicó en *Historia del siglo XX chileno*.

La suerte de un nuevo comienzo

Corría la segunda mitad de la década del 60. La profesión de contador auditor de su marido no estaba funcionando del todo, así que con un pequeño piso financiero armado y con la ayuda de sus familias, Leyla y Jorge se embarcaron en un negocio independiente de costura y lencería. Al principio ella misma fabricaba los calzoncillos, armando y desarmando los de su marido para usarlos de modelo. Con el tiempo lograron abrirse paso a pesar del difícil panorama económico de la época y de a poco fueron contratando personal de fábrica. Su marido se inscribió en cursos de diseño, para tener mejores nociones de la moda de esos tiempos. Leyla logró recordar entre risas que en ese tiempo lo más pedido eran las enaguas o el fajo con encajes que las mujeres chilenas mostraban al bailar cueca. “Eran bien sexys”, comentaba, mientras hacía gestos de estar moviendo una enagua imaginaria a la altura de la pelvis.

Hasta hoy, no pasa un día sin que ella visite su fábrica, ya sea para supervisar el trabajo de los operarios o para cocinar un buen almuerzo comunitario, del que comieran todos. “Hasta el día de hoy estamos muy bien. Pero bien porque fue prosperando el negocio y nosotros tenemos un personal muy bueno, los valoramos demasiado. Cuando yo llego todos nos saludamos con beso y todo, aunque ya habemos poquitos porque antes se hacía todo a máquina, pero ahora casi todo se importa.”, dijo Leyla, y enfatizó en que lo más importante es el trato con el personal: “A mi esposo todos lo adoraban y a mi hijo también, porque no es de esos patrones déspotas. Tú nunca lo escuchas levantar la voz, además como mi esposo era profesional, sabía mucho de trato de la gente y todo eso”.

La dictadura pasó casi desapercibida dentro de su hogar: Leyla contó que nunca hubo problemas de escasez y vivieron el día a día como cualquier año, incluso durante el gobierno

de Allende. Su única preocupación eran sus hijos. Patricia, la mayor, estudió en el liceo N°7 de niñas, en Providencia, hoy está casada y vive en Estados Unidos. Su hijo menor, para los tiempos de la dictadura, se encontraba terminando los últimos años del liceo, y como todo adolescente daba qué hacer escapándose de clases y juntándose con los amigos. Luego Leyla miró a su nieta: “linda ella”, le dice y nos miró como esperando una respuesta. “La mamá de Leylita, Elizabeth, es mi hija del medio. Ella se casó a los 22 o 23 años con una familia de apellido Kattan”, una familia también de orígenes palestinos.

Palestina de origen, chilena en su alma

“Nunca pensé realmente en volver”, dijo Leyla, tajante. Cuando chica no tenía derecho a voz ni voto, y después de casarse tampoco, sin embargo, nunca estuvo en sus planes el proponerlo siquiera. “¿Tuviste oportunidad de visitar la región de más grande?”, le preguntamos. “Sí, con mi marido recorrimos toda la Tierra Santa, Israel, Jordania y ya teníamos programado otro viaje, pero se fue mi esposo. En noviembre cumple cuatro años”

Durante un segundo se detuvo la conversación. Nieta y abuela intercambiaron una mirada cómplice. Leyla nieta le dijo a su *sisti* -abuela en árabe- “¿Le decimos que está acá?” Ellas nos miraron, hicieron una larga pausa, y señalaron una preciosa ánfora triangular, de color terracota oscuro, situada en el medio de una delicada mesa de centro justo frente a nosotras. Ellas se rieron como si nos hubieran jugado la mejor broma, al ver nuestras caras de preocupación. Leyla le comentó a su abuela que le parece curioso, que esa ánfora siempre se cambia de lugar, a veces la encuentra en la fábrica y *sisti* le explicó que es porque lo lleva a trabajar a la oficina, ambas se rieron de nuevo. Luego conversaron sobre soltar algún día las cenizas, pero la *Sisti* no parece tener apuros en hacerlo. Mal que mal, Jorge aún lleva poco tiempo lejos.

Es difícil imaginarse como la muerte podría rondar a una persona tan llena de vida, incluso a sus casi 70 años. Recordamos el elegante pañuelo que llevaba amarrado al cuello y la forma en la que bromea junto a su nieta. Esas ganas de reírse y disfrutar de sus recuerdos. Si Leyla se hubiera quedado en Palestina, tal vez habría tenido un destino muy distinto. “Me hubieran casado al tiro con un primo o con un pariente a los 15 o 16 años, antes de volverme una solterona o algo así”, *una solterona o algo así*, resuena el pensamiento en nuestras cabezas. Ella continúa “Antes se estilaba eso, ya pasando los 20, las niñas ya estaban pasaditas. Ahora

se casan como a los 22 o 23...”, sentencia. El pensamiento que viene a la cabeza es simple: qué distintas son las costumbres, cuán alejada está ella de aceptar que aquí en Chile la gente piensa en casarse a los 30 años, si es que lo piensa.

“Yo me siento orgullosa de haberme quedado en este país porque aquí me siento bendecida. Allá en Palestina hemos estado viendo que pasan muchas cosas, mucha guerra, muchas cosas penosas. Si me hubiera quedado allá habría tenido que vivir eso”, reflexionaba, armándose otro pancito amasado, hecho por ella. Sin embargo, no dejó de reconocer que le daba pena ver tanta delincuencia en un país tan bello como el nuestro, según sus propias palabras. “Yo no habría vivido en ningún otro país de Latinoamérica, ni en Argentina. Es solo la delincuencia que a ti te da un poco de temor, a pesar de que yo no tengo miedo a salir a la calle porque tampoco salgo mucho, pero igual”, aseguró.

Desviamos la conversación hacia una comparación entre la comida chilena y la comida árabe. Leyla destaca que nunca fue difícil para ella en ese sentido, primero porque su suegra siempre hacía comida árabe y después, porque ella también es una gran erudita en el tema, según su nieta. “Nadie que haya probado tus rellenos, *sisti*, puede decir que haya probado otros mejores alguna vez”, y con eso le saca una sonrisa de oreja a oreja a su abuela.

Hablamos sobre el futuro, la universidad, el negocio de Leyla y la partida de Jorge. La señora de edad, a esa hora ya cansada de tanto hablar, contaba que desde que su esposo partió, las reuniones en el Club Palestino se le han vuelto algo lejano y ya casi no tiene ganas de salir. Se le han ido los hijos y ahora la casa es demasiado grande para ella sola, y aunque ella pasa gran parte de su tiempo allá, la fábrica ahora la maneja su hijo menor. Entremedio de su relato, la nieta le reclamó por el príncipe árabe que su abuela le prometió cuando ella era solo una niña. Ahora Leylita tiene solo 20 años, y nos dejó preguntándonos si las enseñanzas de su abuela y las arraigadas tradiciones de su ascendencia la harán añorar el tener una familia y un esposo al cual cocinarle los mismos rellenos de su abuelita, incluso hoy, cuando las costumbres han cambiado tanto desde que su abuela tuviera 20 años, como ella.

Nadya Tataryan, armenia antes que chilena⁵

⁵ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en diciembre de 2016.

Armenia, el primer país del mundo en adoptar el cristianismo como religión oficial, es una ex república soviética que ha sufrido horrores y graves violaciones a los Derechos Humanos. En el periodo que abarcó la Primera Guerra Mundial (1915-1923), el pueblo armenio fue víctima de un genocidio a manos del imperio turco otomano, donde murió más de un millón de personas. Actualmente, esta joven república semipresidencialista -obtuvo su independencia de la URSS en 1991-, posee su propio idioma y alfabeto, y se abre camino entre las economías emergentes trans caucásicas.

En el medio de las mesas blancas, la música, la comida y la fiesta cultural de Armenia que aconteció en Irarrázaval 5455, se encontraban escondidas las historias de este mundo que, hace más de medio siglo, llegó a nuestro país escapando de las atrocidades de la intransigencia y la locura del hombre. Era el año '57 cuando una niña de 16 años bajaba de un avión sin saber el vuelco que le daría su vida en menos de dos meses. Hoy, 59 años después, la niña es solo un recuerdo y en su lugar se encuentra una mujer alta y fornida, con tres hijos, varios nietos y un bisnieto que corre por el jardín, entremedio de las mesas.

Nadya Tataryan se sentó dentro del auditorio del Hay Dun de la Colectividad Armenia de Chile, tomó una bocanada de aire y comenzó a contarnos la historia del genocidio, de un matrimonio arreglado, de la lejanía y de cómo logró encontrar la felicidad y la fuerza de una nueva vida en Chile.

El año 1957 fue distinto para ella. A casi un año del estallido de la revolución contra los cristianos y el inicio de las persecuciones y matanzas, su hermana se casaba con un armenio, pero se rehusaba de parir hijos en una tierra víctima de tanto daño. Le dijo a su padre que se iba, y por esas cosas del destino, el novio conocía al cónsul chileno, quien les ofreció en esta lejana tierra una nueva vida.

Así partieron de Armenia, con todas sus pertenencias enviadas por barco. Un barco que nunca llegó. Unas pertenencias que nunca más vieron. “Vamos a ver qué ocurre con esos niños”, dijo su padre, sin embargo, la madre de las dos niñas no vendría con él hasta el lejano país, así que Nadya se subió al avión en su lugar. Así fue como pisó suelo chileno por primera vez, cuando el Presidente Carlos Ibáñez del Campo terminaba su mandato, tras derrotar a Allende durante su primera de cuatro candidaturas presidenciales.

El desconocido

Nadya era una niña de 16 años que venía persiguiendo el cariño de su única hermana, pero el panorama que se encontró fue distinto, según relató. “Yo me iba a ir a los tres meses, pero aquí estaba el presidente de los armenios en Chile, el señor Baloyan, y tenía dos hijos que necesitaba casar con armenias”, señaló. “Un día, mi papá me preguntó si me quería quedar porque Baloyan quería casarme con uno de sus hijos. A mi ya me había gustado cuando lo vi... Era el primer hombre que veía”. Ella se encogió de hombros esperando nuestra reacción, pero en vez de eso se dispuso a explicar: “Nosotras estábamos viviendo en una jaula con mi padre, yo nunca tuve amigas porque si venían a mi casa podían tener hermanos. Luego entendí que así tenía que ser, es que él tenía terror de que nos enamoráramos de un turco. Eso no era lo indicado. Cuando llegué aquí dije bueno, mi hermana está aquí y era mi única hermana, así que me quedo y no vuelvo”. Así de tajante. Así de impetuosa.

A dos meses de conocer Chile, Nadya se casó por el civil, sin saber qué pensaba su marido, cómo era, ni qué le gustaba. Su padre se devolvió a Armenia y ella se quedó viviendo en la casa de su hermana, esperando la vuelta de sus padres para poder casarse por la iglesia.

Durante ese año pudo conocer al hombre con quien hoy sigue casada 58 años después, sin embargo, de arrepentimientos cero posibilidades. “Al final mis padres no pudieron venir, y me casé aquí sola con mi hermana... Un poco llorando en el altar, pero me casé”, sentenció. Y se casó con un hombre a quien hoy ve como una persona pesimista, triste y solitaria.

Fueron años difíciles los que siguieron a su primer tiempo de casada. Ella no hablaba nada de español y él era muy distinto de lo que ella conocía en Armenia. “Yo le decía: allá los novios no son así como tú acá. Él era más libre, me decía que me iba a venir a buscar un día sábado y no venía no más, y yo pensaba bueno, así serán las costumbres acá”, dijo.

Con el tiempo llegaron los hijos, y ella se fue alejando del fútbol y de aquellos eventos a los que antes acompañaba a su esposo. “Y así pasaron los años. Al principio, claro, tuve que vivir con toda la familia de mi marido. No era tan difícil porque eran armenios también, las costumbres, las cosas estaban más o menos igual, pero yo no era yo, esa no era mi vida y yo tenía que adaptarme a ellos, porque yo venía de afuera.” Nadya nos dejó preguntándonos

cuántas noches amargas habría encontrado en ese proceso de “acostumbrarse a ser la que venía de afuera” y a las costumbres extrañas de un hombre nueve años mayor.

Él la quería manejar. Mientras ella pensaba “Tiene que haber algo más, no puede ser solo estar en la casa y cuidar a los hijos”, aunque eso era exactamente lo que él quería. Cuando ella quería indagar sobre sus intereses, él le decía que ella no podía aprender a manejar, no debía estar en cursos. Ella debía estar en la casa. Nadya se reía recordando: “¿Se imaginan?”, nos decía.

A pesar de esto, Nadya con el semblante serio afirma que no la pudo dominar. Tuvieron que pasar los años, crió a sus niños, ellos se fueron, y un día ella se encontró sola en la casa con su marido. Ahí fue cuando comenzó a preguntarse por ella misma: ¿quién era? ¿qué le gustaba? ¿A qué se iba a dedicar? Con apenas 40 años, tenía toda la vida por delante y a pesar de que clama haberla vivido a concho, Nadya cuenta que sufrió por no haber tenido tiempo para vivir su adolescencia tranquila, para pololear, para saber cuáles eran sus aptitudes, y sufrió por no haber tenido una profesión, lo que la obligó a depender siempre.

Indudable: “Lo que no te mata te hace mas fuerte”

Al principio de esta entrevista, nos tocó deambular a través de la celebración. Intentábamos hacernos una noción de lo que estaba ocurriendo, hasta que dimos con una niña de piel tostada y pelo castaño, espigada. Su acento era diferente, y se movía entre la gente como quien no tiene vergüenza de nada. Nos acercamos. Era una estudiante de intercambio de Ginebra, Suiza. Al explicarle nuestras razones para estar ahí, sostuvo una mirada inquisitiva con otra niña que estaba detrás de un mesón, luego entonaron “La Nadya”, a coro.

Para entender por qué decidimos destacar esto, hay que saber que Nadya se describe a sí misma como una mujer sociable y feliz. Es una mujer que ha hecho de todo en la vida. Cuando contaba sus vivencias, miraba al cielo, se reía y decía “He hecho tantas cosas, puras locuras, digo yo”, y no tardó en recalcar lo hermosas que fueron cada una de sus experiencias. Le gusta que le pregunten cosas, ella se ve como una consejera innata.

Es una mujer dulce y tranquila, que no dudó un segundo en decir sí a la entrevista. Cuando alguien la interrumpió, no esperó demasiado para echarlos de alguna forma cortés, y al final

de todo, se paró sin miedo, bien derecha y con una sonrisa frente a una pintura en tela del Monte Ararat, posando para nuestra foto.

“Las dificultades me empujaron a mejorar, a tener la paciencia, a tener la capacidad de soportar lo que sea.”, señaló. “Se podría decir que la curtieron”, le dijimos. “Sí y fue a favor mío. No fue fácil, mi vida de matrimonio no fue fácil, pero ahora si miro para atrás digo que lo volvería a hacer. Busqué cosas, me busqué pinturas, porcelana, me busqué clases y ahora yo doy clases de cocina armenia, estoy en las revistas y tengo mis cosas que me gustan”, precisó con un semblante lleno de paz.

La vida la hizo más fuerte, con cada uno de los aspectos duros que ella tuvo: su matrimonio a tan temprana edad, con un hombre mayor, quien fuera completamente el polo opuesto de esta mujer tan alegre; su padre tan estricto durante su juventud; madurar lejos de todo lo que ella conocía, al alero de la opresión y el machismo; y cargar con todo eso hasta los últimos pasajes de la vida.

Pero hubo luces para Nadya. Hubo matices. Hubo refugios.

El corazón de la iglesia armenia

El pueblo armenio fue perseguido por ser cristianos desde el año 301 d.C. Como ya destacamos, fueron uno de los primeros países en adoptar el cristianismo como religión oficial, por lo tanto, la iglesia armenia es una de las más antiguas del mundo, y su pueblo es muy devoto de ella.

Un joven rubio y delgado, junto a un muchacho moreno y un grupo de mujeres se pararon erguidos frente a nosotros, dentro del salón de Hay Dun. Cada uno sostenía una carpeta que contenía las letras que después cantarían para su público: los asistentes a la fiesta. El director del coro era nada más y nada menos que el hijo de Nadya, aunque de esto nos enteraríamos después. Él, además de presentar las canciones, se encargó de contarnos acerca de la iglesia de armenia, y de cómo ésta trataba de acercarse a sus seguidores netamente a través de la música.

Por otro lado, a través de sus memoranzas, Nadya nos contó que su familia escapó de todas las atrocidades que significó el genocidio a su pueblo, no así la familia de su esposo, Ranik Baloyan, quienes murieron, excepto los tres hermanos que llegaron a Chile.

La mujer narra sus historias pausadamente, recordándolo todo con detalle. No flaquea, a pesar de la angustia. Jamás se le quiebra la voz y todo lo termina con una sonrisa, como una representación gráfica del optimismo en la vida. Como la mayoría de los armenios, ella es una mujer cristiana, que añora la iglesia armenia porque es cantada, “del corazón”, explicó.

Del cuello le cuelga una gran cruz negra, punteada y enmarcada en plata, que ocupa todo el espacio entre el escote y el inicio de la garganta, a su alrededor un colgante de piedras negras camina por su piel hasta esconderse bajo su pelo, en la nuca. “Yo creo que es por la iglesia, yo busco la iglesia armenia”, dijo, luego de afirmar que a pesar de los 58 años que lleva en este país, y tenerlo todo de Chile, ella es una armenia de tomo y lomo. “Yo sola, en mi persona, en mis adentros, soy armenia. Yo no puedo cambiar eso”

Afuera, la celebración seguía, dando paso a la música en vivo. El lugar se transformó con el sonido de un duduk, un instrumento armenio, de viento, que toca una melodía lenta y profunda. Es imposible no sentirse transportado de inmediato a la inmensidad del continente asiático.

La libertad y la opresión

“Cuando llegó, al pasear por Santiago, ¿cómo veía que era las mujeres acá? ¿cómo se sentía usted en relación a ellas?”, le preguntamos a Nadya, expectantes. “Estaba así con los ojos”, dijo al tiempo que abrió sus grandes ojos de armenia, y continuó “Porque allá no se veía nada, aquí veía en los parques que se hacían el amor para las Fiestas Patrias, se besaban, y yo decía qué es eso.” También nos contó sobre su primera experiencia cercana con una madre soltera: era su nana, y Nadya simplemente no comprendía su existencia. “¿Cómo puede ser una madre y ser soltera?”, se preguntaba cuando era joven.

Admitió que “Nosotros estábamos muy atrás en comparación con acá, yo me espantaba, pero después me acostumbré no más y listo. Se acepta uno, tengo hijos que son padres solteros,

nietos (...) Ahora yo me identifico más con la mujer libre”, aseveró, aunque no dejó de señalar que el feminismo le ha hecho daño a la familia. “Te lo digo en mi misma, a lo mejor si yo hubiese tenido una profesión, a lo mejor no seguía casada, eso es lo que pasa hoy en día, la mujer dice por qué tengo que aguantar tanto si yo me puedo arreglar sola, pero yo creo que es mejor ni tan allá ni tan acá, yo me quedaría en el medio, respetar las costumbres, pero también realizarse.”

Al final de la entrevista Nadya habló sobre su antiguo trabajo con Conin, donde fue voluntaria. Posteriormente se internó en el área de adopciones de la organización, en la que tuvo la oportunidad de reubicar por el mundo al menos seis niños que hoy aún le mandan fotos y actualizaciones de sus vidas.

Ella recordó que conoció gente maravillosa. Los extranjeros siempre estaban dispuestos a recibir a las guaguas más enfermas, lo único que importaba era sacarlos adelante. Entre estas historias, hubo una particular de unos chilenos que le llamaron la atención. Llevaban siete años intentando concebir y no lo lograban. Cuando se enteraron de que Nadya estaba prestando este servicio, le pidieron ayuda “pero querían ojos azules como su madre y no sé qué como su padre, y esto no se encarga a medida. No. Es como salga, si quieres adoptar adopta. Y esa era la diferencia, de los extranjeros que querían adoptar y los chilenos que querían sangre azul en la guagua, yo les decía que no poh, que eso no se hace a pedido”, sentenció. *Las raíces de la idiosincrasia chilena y el intento de europeos en el que nos transformamos los chilenos a veces*, pensamos, y es tal como lo plantea la doctora Ximena Póo: la visión del chileno intentando acercarse a ese otro que puede validarlo como un “otro superior”.

“Yo estoy muy feliz, soy una mujer feliz y contenta de mi vida. Muy agradecida, a cada momento, a pesar de que no fue tan fácil mi vida, pero estoy muy agradecida porque me enseñó muchas cosas, yo aprendí con las diarias experiencias de la vida. No hay que ir demasiado a la universidad para aprender a convivir con la gente, y yo hoy en día soy una mujer que puede convivir con la persona que me pongas, tengo entendimiento con cualquiera. La gente se acerca a mi, me piden opiniones, me piden ayuda y eso me gusta. Yo estoy bien, tengo muchas enfermedades, pero no les hago ni caso y se van solas, tengo leucemia desde

hace diez años, pero tengo una energía que yo digo que me la da el de arriba porque no hay otra explicación”. Y con eso cerró su entrevista, con una sonrisa.

Ella tiene casi 80 años, aún se pinta los labios, los ojos y las uñas. La leucemia, al menos hasta donde uno ve, aún no la ha logrado alcanzar, ni ha logrado opacar su optimismo o sus ganas de vivir. Nadya se levanta todos los días a las siete, aunque reconoce que no tiene para qué, y se acuesta pensando en todo lo que podría hacer al otro día. Su marido se queja de que a ella no se le acaba la energía, mientras a él se le ha ido deslizando entre las manos, según nos cuenta ella.

A pesar de que nunca tuvo un trabajo estable, Nadya nunca quiso quedarse sin nada que hacer, ella disfruta de cada día como si fuera el último y eso se nota en la sonrisa auténtica que asoma cuando habla de sus nietos, de su casa, de su familia, de sus clases de cocina, de la loza que pinta y luego vende. A Nadya le duele todo, y lo admite, pero también admite que a los dolores no hay que hacerles caso, y que cuando se pare de la silla tendrá que caminar hasta que la cadera deje de molestarle, y lo hará porque ella no es como su marido, que se acuesta para pasar los dolores.

Cuando nos despedimos, ella vuelve al grupo en el que estaba conversando cuando la encontramos. De lejos aplaude y observa como los más jóvenes arman un círculo y se toman de las manos para bailar. Nadya sonríe, tal vez recordando su juventud, tal vez solo mirando como su familia se divierte. Cualquiera sea la razón, lo que importa es que ella está feliz. Feliz de haber tomado la decisión de quedarse, medio siglo atrás.

V

LAS CUATRO ARISTAS DE LA FEMINEIDAD

En el siguiente capítulo concentramos los relatos de cuatro mujeres profesionales, radicadas en Chile. Tres de ellas provienen de Europa del Este y una de la República Democrática del Congo, África. Sus historias son tan distintas como versátiles, son mujeres que tal como Leyla y Nadya, tienen en su registro más de un idioma, y a veces hasta cuatro. Todas llegaron no solo con sueños a Chile, sino que con una mirada distinta de lo que es ser mujer en su mundo. La visión de la mujer profesional e independiente, occidentales y europeas, africana, contrastan con los tiempos que vivimos en Chile y nos hacen reflexionar sobre nuestras propias perspectivas de género. Algunas nos critican, otras nos encuentran geniales.

Aunque ninguna asume haber llegado pensando en quedarse, lo hicieron. Hoy algunas incluso están casadas con chilenos y llevan más de cuatro años viviendo en el país. Raluca Adam, María Palshina, Olga Tretyak y Olivia Ngunza representan la convergencia de cuatro perspectivas diferentes de lo que es la femineidad.

Los países de origen

Terminados los gobiernos y regímenes comunistas al alero de la Unión Soviética, muchos países de la región oriental de Europa se vieron estancados en cuanto a su desarrollo y crecimiento económico. Como consecuencia de ello, las oportunidades de empleo y estabilidad se hicieron cada vez más difíciles. Aunque hoy la mayoría de los países se encuentra en una situación más estable que a comienzos de la década de 1990, mucha gente ha emigrado hacia otros países y continentes en busca de estabilidad laboral, económica y/o social. Guerras como la de los Balcanes, Kosovo y la violenta disolución de Yugoslavia resultaron en una gran cantidad de refugiados albaneses, serbios y de países vecinos.

Las consecuencias sociales de aquello no tardaron en llegar. Quienes emigraron hacia Europa Occidental o más lejos buscando refugio, escapaban de un sistema económico, político y social profundamente dañado y segregado por los conflictos bélicos. El centralismo, la ruralidad, el analfabetismo y la falta de oportunidades para quienes tuvieron que quedarse, detonaron en que algunas personas buscaran el sustento diario ejerciendo cualquier tipo de actividad. Esto dio paso a un nicho de ilícitos como el narcotráfico, contrabando de armas, mafias y prostitución.

Pese a compartir historia, y raíces ancestrales con Europa occidental, Europa del Este siempre ha sido más perjudicada por los embates a la economía y su reciente incorporación al sistema de libre mercado. La era post comunista quedó empapada para siempre en las entrañas de aquellos países abrazados por los Balcanes y los Urales.

Por su parte, en África, según consigna el Banco Mundial, “el aumento sostenido de la violencia y los conflictos impulsan el aumento del desplazamiento forzado de las personas. Nuevas amenazas, como el tráfico de personas, la piratería y el extremismo religioso, son causa de una fragilidad persistente en vastas zonas del continente (...) Esta vulnerabilidad a las crisis aumenta la incertidumbre, la que a su vez incrementa el costo de hacer negocios en África y dificulta el mejoramiento de la productividad y el crecimiento”.

La situación de la mujer, particularmente en este continente, es de alto riesgo. Grupos fundamentalistas como el Boko Haram han mutilado sus órganos genitales, extorsionado, violado y cometido genocidios contra lactantes, niñas y mujeres, principalmente del África subsahariana. El sitio web World Vision publicó que, en Ghana, se producen 560 muertes de mujeres por cada 100 mil nacimientos, según datos de la Organización Mundial de la Salud. En Zimbabwe, en tanto, la esperanza de vida femenina al nacer es de 34 años, la cifra más baja en todo el mundo. La misma página consigna que, una mujer africana embarazada, es 180 veces más susceptible de morir que una mujer en Europa occidental.

La República Democrática del Congo es uno de los países más pobres del mundo, con una tasa de incidencia de la pobreza del 77 por ciento, según cifras del Banco Mundial. Sus más de 74 millones de habitantes hablan francés, lingala, kikongo, tshiluba y suajili, entre otras 200 lenguas. Además, su índice de desarrollo humano lo ubica en el lugar 176, siendo de nivel bajo.

Raluca Adam: una viajera de Transilvania⁶

Rumania es el país más grande de su región. 19 millones de habitantes configuran la antigua y variada cultura de un país que se considera el punto de encuentro entre Europa Central, Europa del Este y la Península Balcánica. La religión predominante es la Ortodoxa Rumana y la democracia domina como régimen político, particularmente el Partido Socialdemócrata, a pesar de los casos de corrupción que han teñido las últimas elecciones parlamentarias, y han obligado al pueblo rumano a salir a protestar por mejoras salariales y de calidad de vida. Es un país conocido por sus antiguas leyendas urbanas y por la alta preferencia de los hombres españoles hacia las mujeres rumanas, teniendo en cuenta que en el ámbito de la explotación sexual, menores desde los 14 años y hasta los 20 abundan en los burdeles españoles, según cifras de la Dirección General de la Policía Nacional de España.

Este país, emplazado a orillas del mar Negro, padeció una de las dictaduras más cruentas que recuerde Europa: la de Nicolae Ceaușescu, entre 1967 y 1989, año en que fue ejecutado junto a su esposa. Durante su régimen murieron más de 80 mil personas. Una de las medidas que tomó bajo su mandato fue prohibir los abortos y la anticoncepción en mujeres menores de 40 años bajo el Decreto 770, según consigna la BBC. Muchos de ellos nunca encontraron un hogar, ni recibieron educación ni tratamientos de salud adecuados, lo que los llevó a cometer ilícitos para sobrevivir. Actualmente, en las alcantarillas de Bucarest subsiste una ciudadela donde viven personas con adicción a las drogas, y algunas de ellas contagiadas de SIDA y hepatitis.

Entre todo eso, existe una pequeña ciudad llamada Deva, con 70 mil habitantes, a 400 kilómetros de Bucarest, en la región de Transilvania. De allá es Oriunda Raluca Adam, que porta la herencia de los cabellos rubios y los ojos verde agua que reinan al norte de las montañas del Danubio.

A los 19 años, Raluca dejó Rumania junto a su hermano y su madre para mudarse a León, España, donde en ese entonces, aseguró que “se hacía plata de cualquier cosa”. Allí estudió economía y permaneció junto a su familia durante 7 años. Hoy, una década más tarde, cada

⁶ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en junio de 2016.

uno emprendió rumbos distintos. Mientras su hermano se fue a Londres, ella vive en Valparaíso con otras inmigrantes y se cambió de trabajo recientemente.

En un acento más ibérico que chileno, confesó que, de Latinoamérica, Chile fue el único país que le llamó la atención por su economía, la que a su juicio, parecía estar bastante bien. Sin nunca haber estado antes en este continente, emprendió la aventura de venir sola -no tiene hijos- desde España como turista, con la intención de encontrar un trabajo. Con un pasaje de ida y vuelta que duraba dos meses, y dinero para solventar sus gastos por ese tiempo en Chile, Raluca comenzó a buscar ofertas laborales. Casi de inmediato obtuvo un empleo en una empresa de Recursos Humanos en Valparaíso. De eso ya han pasado dos años.

“¿Cómo fue tu llegada al país?”, le preguntamos. Nos contó que cuando llegó al aeropuerto de Santiago venía preparada con muchos papeles, porque siempre había escuchado que ingresar a Chile era difícil. “Yo venía con una carta de invitación, con el dinero que te piden, ya había hecho reserva en un hotel para que no piensen que vengo como a buscar trabajo, y de pronto, pasando la frontera, yo me vi en la calle y no me lo podía creer”. El oficial de migraciones la saludó en inglés, le timbró el pasaporte y la dejó ir.

Al relatar este episodio, la mujer de tez pálida no manifestaba grandes emociones mientras reconstruía aquel viaje. Aunque, de seguro, le era más fácil enfrentar las preguntas por Skype que en persona. Cada ciertos intervalos de tiempo se acomoda su rubio y corto pelo, y en ocasiones, se le perdía la vista. Ella experimentó las diferencias culturales entre Europa y Chile en muchos ámbitos, que detalló más tarde en esta entrevista. Señaló que, a pesar de que le gusta la forma de ser de los chilenos, a veces los considera poco serios y faltos de compromiso. La palabra en su país -aseguró- se respeta y vale más que acá.

Dicha carta de invitación, y el impulso por visitar nuestro país se lo dio un amigo de Curauma, que había hecho un doctorado en la universidad donde estudiaba Raluca, en España. Gracias a él, relató, pudo establecerse en la localidad de la quinta región y regularizar su situación. Hoy posee una visa de trabajo. Cuando la llevaron a Valparaíso por primera vez no le gustó para nada. “Es muy sucio. Sin embargo al mes llegué a vivir allí y encontré un trabajo”, relató.

En otras materias, advirtió que una de las cosas más difíciles en su proceso de adaptación cultural fue el acento chileno, que le costó entender en un principio, pero que “uno se acostumbra con el tiempo”.

“¿Qué es lo que más te gusta de la idiosincrasia chilena?”, preguntamos. “Me encanta que la gente es como súper abierta, es fácil hacer amigos, conversar con la gente, incluso me ha tocado ir sola a algún sitio e igual está bien, porque siempre hay personas con quien hablar”, dijo sonriendo sobre su vida en el puerto, la que comparte con gente de más países.

Ser europea en Chile

“No sé si tú has conocido más personas de Europa del Este, pero en general las personas nos reciben súper bien por aquí, porque escuchan Europa y para ellos es muy bueno”, comentó.

En los dos años que lleva aquí, Raluca jamás ha estado cesante. Esta realidad no es compartida por muchas mujeres migrantes, que a veces tienen más dificultades para insertarse en nuestra sociedad y no encuentran trabajo en el rubro al que se dedicaban en sus países de origen, o para lo que estudiaron.

A ella le gustan los idiomas: habla rumano, español e inglés. Incluso el año pasado se puso a estudiar alemán y francés. Con ello, queda manifiesto que Raluca viene más preparada para enfrentar el mundo profesional que muchas de las mujeres migrantes de otras nacionalidades, e incluso que las chilenas.

En Rumania la situación laboral también está mejorando, hay más trabajo que antes pero, según relató, “es muy mal pagado”. Ella atribuyó el problema a que en su país de origen todavía se tiene la mentalidad comunista. “Está muy mal que un profesional gane lo mismo que una persona que no estudió nada en su vida”, expresó, porque dichas personas “no han invertido en sus estudios, no se ha esforzado mucho, y al final igual está mal eso”.

Acoso callejero

Si bien hay muchas cosas que a Raluca le gustan de Chile, también habló sobre disgustos o desagradados que se ha llevado. Ha vivido el acoso hacia el sexo femenino en carne propia, en las calles de Valparaíso.

Al preguntarle si se sentía respetada como mujer en Chile, en Valparaíso, si es que había sufrido alguna vez acoso callejero, dio paso a contar una anécdota: “Aquí en Valparaíso... Hay cosas que veía al principio pero ya me he acostumbrado, porque como mujer, más que todo en la zona del puerto... Por ejemplo, una podría ir a la oficina con un vestido más bonito, mejor vestida, pero aquí no se puede de verdad, es imposible. Un día que fui a trabajar con vestido no veía el momento de llegar a la casa a cambiarme de ropa, porque es horrible, se paran los hombres, y los mayores de 50 años y te dicen unas cosas...”. Lo dijo con un tono emocionado pero a la vez molesto, gesticulando más que de costumbre frente a la cámara, para terminar reconociendo que “me he ido acostumbrando, ya sé que es mejor taparse entera y si dicen algo, pasar”.

En Europa nunca se enfrentó a esta situación, comentó. “El europeo se para en tu cara y te dice que eres bonita, no cuando pasó, aquí es distinto. Son cosas distintas, no es algo que me moleste o llegue con depresión a mi casa, simplemente me costó al principio”. Así quedó explícito el contraste entre dos culturas, dos países, dos continentes.

“Ya me acostumbré a no salir hablando por celular por la calle”, reconoció, porque “hay zonas un poco más malas y eso ni en España, ni en Rumania ni en ningún sitio me había pasado”, refiriéndose a la delincuencia. Es por esto que le gustaría mudarse a la vecina Viña del Mar, donde tiene más amistades. “Entre Valparaíso y Viña hay gran diferencia y me gustaría hacer este cambio y ver cómo me va con todo”, son sus planes. A pesar de esta experiencia, la rumana se ha mostrado conforme con los dos años que ha pasado en Chile, no descarta que si un día se aburre, tome sus cosas y emprenda un nuevo rumbo.

María Palshina: entre el café, las esculturas y el fieltro⁷

María Palshina para mí, Florence, tenía una importancia simbólica. Masha, como probablemente le dirían en su país natal, representaba una pequeña parte de una vida efímera que tuve en un intercambio a los 17 años, en ese inhóspito y lejano país que llaman la Madre Rusia. Un país al que una niña de Chiloé nunca logró adaptarse, y aún así pasaría a ser decisivo a la hora de curtir su personalidad.

⁷ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en octubre de 2016.

Rusia o la Federación Rusa, como se le diría formalmente, fue conocida por su participación clave durante la Segunda Guerra Mundial, un evento que los marcó profundamente como país, exhibiéndose hasta hoy en los canales abiertos de la nación un sinfín de películas relacionadas con el ejército Rojo y el *Den Pobedy* o Día de la Victoria que representa en términos básicos, el día en el que los rusos ganaron la Segunda Guerra Mundial.

Una nación altamente centralizada, que concentra el grueso de sus habitantes y su desarrollo en la ciudad capital, Moscú, la segunda más poblada de Europa. También el lugar de origen de María Palshina, la joven delgada, de 35 años, que lleva cinco en Chile y es dueña junto a su marido de Open café en Providencia y la cadena de Open bar en Bellavista y Puente Alto.

María traía un largo vestido azul, que combinaba perfecto con sus ojos de un tono similar. Su pelo largo, lacio y rubio le caía sobre los hombros, dándole vida a la palidez lechosa de su piel. María simplemente tenía algo en su cara, en su nariz fina, en sus pómulos pronunciados o tal vez en su acento, que la hacían tan evidentemente rusa para mí y tal vez para cualquiera.

Llegó sola a Chile, sin un porqué real. Solo quería venir a conocer América Latina y Chile le pareció tan buen país como cualquier otro para comenzar. El plan era seguir con Argentina, Brasil, Uruguay y todos los países para los que no necesitara visa.

María es una chica intrépida. Vivió en varios países antes de llegar a Chile. La primera vez que dejó Rusia, se fue a vivir a Francia en Aix-en-Provence, ahí estudiaba en la Facultad de Letras, como complemento de sus estudios universitarios en Moscú, donde se había formado como profesora de inglés y francés. María habla cuatro idiomas, inglés, francés, ruso y español, y además estudió diseño gráfico y de interior.

Actualmente, la rusa es independiente y se dedica hace más o menos un año a su negocio de artesanía. Trabaja con fieltro, telares y esculturas, y al momento de hacer esta entrevista venía llegando de visitar su tierra natal en busca de nuevas técnicas para trabajar su arte: “Avancé mucho participé en exposiciones allá en Moscú y quiero hacer lo mismo acá de a poco, hacer talleres y todo eso. ¡Hay mucho interés!”, señaló.

La mirada en el café y en el camión recolector de la basura

El primer día en que María pisó suelo chileno, Sebastián Piñera estaba adentrándose en su segundo año de mandato. El Movimiento Estudiantil se colaba por las calles de nuestro país como el frío que entra por los pliegues de la ropa en el invierno, y en el mundo crecía la pequeña incertidumbre de si acaso estábamos cerca o no del fin del mundo. Era el año 2011 y aún no conocíamos los vouchers de la gratuidad para estudiar en la universidad, es más, “¿gratuidad? ¿qué es eso?”, alguien podría haber dicho. María, sin embargo, era indiferente a todo esto. Ella entró a tomar algo a un pequeño café cerca del centro de Santiago. Estaba sentada pensando en la aventura que comenzaba y decidió practicar su español, que cinco años atrás, era mucho menos avanzado que ahora.

Entonces decidió conversar con un *viejito*, como le llamó ella, que estaba sentado cerca en compañía de un muchacho. Conversaron unos segundos, hasta que el muchacho junto al viejito decidió presentarse. Ellos se miraron y el flechazo fue mutuo. Poco tiempo pasó antes de que comenzaran a pololear, a los dos meses de hacerlo, decidieron casarse. Pronto cumplen cuatro años de matrimonio, María señaló que si bien han existido altos y bajos, como en todo orden de cosas, sigue enamorada. A pesar de eso, la primera vez que le preguntamos por su idílico romance, solo respondió “Lo conocí en un restaurante... Es que en realidad lo conocí solo en un restaurante”, aseguró la mujer de pocas palabras que tal vez hay dentro de ella.

“¿Qué te parece el hombre chileno promedio? ¿Es muy distinto del ruso?”, le preguntamos. “Mira, lo que pasa es que conozco poco... Todavía.”, contestó riéndose algo nerviosa, pero coqueta “No tengo mucha experiencia en eso, por eso no te podría decir... ¡Quizás tenga que conocer más!”.

Cuando María llegó por primera vez a Chile, atraía demasiado la atención de los recolectores de basura, según nos contó. No era una conducta que ella pudiera considerar normal, porque ser mujer en Europa es distinto de serlo en Latinoamérica. Sin embargo con el tiempo lo naturalizó, y se acostumbró a vivir con eso. “Bueno, en Chile estamos intentando sacar leyes que prohíban eso”, le contamos “Sí, te silban, te dicen cosas. Es como un perro ladrando, ya no me molesta. Y si me dicen algo fuerte, les digo lo mismo. Se los devuelvo”, sentenció. Ella es una mujer valiente, aunque no quiera reconocerse como tal cuando se lo decimos.

Le preguntamos si en Rusia le ocurría esto también, nos respondió que no, que los hombres no le prestan demasiada atención a las mujeres y son más bien reservados en este sentido, “¿Más fríos?”, dijimos nosotras. Ella responde “O sea, es que yo no creo que sea cálido que te griten desde un camión groserías. No creo que sean más fríos, creo que solo no se acercan tan directamente”, aseguró acalorándose un poco, aunque termina por soltar una carcajada que se nos contagia. “Tal vez por respeto, pero creo que solo son distintas mentalidades, igual que en Europa, nadie te va a decir eso en la calle. Nadie. Pero aquí en América Latina en general yo creo que sí, no solo en Chile me imagino”, dijo y agregó que también ocurre en Italia, según lo que ella ha escuchado. “Es super cobarde”, sostuvo la muchacha.

Nosotras nos quedamos un segundo en silencio antes de seguir. Intercambiamos una inevitable mirada y sabemos que ambas estamos pensando lo mismo: cómo podemos tener tan naturalizado el acoso, que sin querer tendemos a pensar que los hombres que no te gritan desde un camión son más fríos. También nos llaman la atención los intentos de María por naturalizarlo “no lo hacen siempre por ser malos, solo es su costumbre”, dijo. Sí, su costumbre violenta de abordarnos sin nuestro permiso y en el espacio público.

Ser abierta en superficie, pero no en profundidad

La experiencia de la femineidad en cada país es distinta, el progreso influye en las construcciones del imaginario femenino. Influye lo social. Influye la historia de tu país. María piensa que las mujeres en Chile son poco transparentes, que a veces te dicen “¡Te ves regia!”, pero en el fondo pueden estar pensando algo muy distinto, lo que nos dijo es que éramos “abiertas en la superficie, pero no en profundidad.” Para María la diferencia de clases en las mujeres chilenas es evidente: “Hay mucha diferencia porque yo sé que aquí hay mucha división de estratos sociales, igualmente las mujeres chilenas de un estrato son diferentes de otro, son distintas tanto en su nivel educacional como en su comportamiento”. A pesar de haber relatado esto, María no espera para justificarnos, argumentando que son solo diferencias de mentalidad que hay que tener en cuenta, pero que es una cosa de cultura.

Una cosa de cultura. Está en nuestra cultura como chilenas decirle a María Palshina “Llegaste a Chile a quitarnos los hombres”. Ella se rió nerviosa al contarnos esto, nosotras le hicimos

un pequeño coro, igual de nerviosas. “También escuché comentarios malos de los hombres chilenos de parte de las mujeres de acá”, continuó. “Yo creo que es por su historia, porque antes era más patriarcal. Ahora la mujer quiere sentirse independiente, surge el feminismo y esta hermandad...”, afirmó. María cree que está bien, pero que no debe ser violento, que no hay que irse a los extremos porque la mujer igual necesita al hombre, la familia y la armonía. Señaló que en Chile existe mucho resentimiento de la mujer hacia el hombre y hacia la clase alta en general. “Hay mucho resentimiento, muchísimo y eso afecta mucho, aunque uno no sea rico ni nada pero a ellos les parece que te ves como un rico, entonces te tienen envidia”, dijo. “Es que Chile es uno de los países con la mayor desigualdad de clases en el mundo...”, dijimos nosotras.

Para María, las personas deberían ser como son, “no suprimirse, hacer lo que quieran”, sobre todo si se es mujer en una sociedad en la que es más difícil acceder a ciertos trabajos o adquirir los mismos salarios, afirmó.

“De todos los países en los que viviste, Australia, Francia, Chile, Rusia, ¿Qué diferencias estableces sobre cómo se consideraba a la mujer en la sociedad?”, preguntamos. María se toma unos minutos, apoya su mano en el mentón y lo piensa un poco antes de responder: “Yo creo que en Australia era donde la mujer estaba mejor considerada. Se le tenía más respeto, se le trataba más como partner y al mismo tiempo como mujer”, indicó. Según su experiencia, en Europa muchas veces se pasan al otro extremo. Las mujeres no permiten que alguien las ayude en la calle si traen algo pesado, si alguien les abre la puerta se pueden enojar. En algunos sectores la mujer es la que siempre paga la cuenta. María afirmó: “Yo creo que es exagerado porque si yo necesito ayuda, ¿por qué no? Si alguien me quiere ayudar con algo pesado o me abre la puerta por qué me voy a enojar.”

María afirmó durante su entrevista que la gente en Rusia simplemente no está preocupada de lo que uno hace o no hace con su vida: “Son más liberales en ese sentido. La gente no anda tan preocupada de con quién andas tú y así está bien.”

Ella se deja ver como una mujer con pocas trancas. Cuando responde levanta un solo hombro, como diciendo “Y a mí qué si me dicen algo”. Tal vez está acostumbrada a defender sus puntos de vista en todos los lugares a los que va, tal vez sabe que aquí en Chile no todos

piensan como ella. De cualquier forma, cuando se encoge de hombros, tiene esa apariencia de mujer “chora” e independiente.

Pronto se irá al sur durante unos meses para hacer cursos de fieltro y artesanía. Quiere aprender terapia transpersonal para ayudar a las mujeres a que se sientan más en confianza consigo mismas, piensa que eso es lo que les falta, “creerse más el cuento”. Lo que quiere es enseñarles a hacer artesanías para que ellas sepan lo que pueden hacer con sus propias manos. “Es super importante para el autoestima porque uno lo ve y dice: Esto lo hice yo sola, de esto soy capaz”, sostuvo.

Con esto cerró la entrevista, pero en su iPad nos encontramos con un pequeño vistazo de su alma, cuando nos muestra sus creaciones en fieltro, sus telares y sus esculturas. La mayoría son animales, pero entre ellos nos muestra una figura en fieltro de El Principito, con un nivel de dedicación increíble, y también nos muestra un ave fénix, que por su tono, debe ser su favorita.

Nuestra cita termina con una sonrisa. Nosotras nos disponemos a pagar la cuenta, pero María nos recuerda que estamos en su café, y que la cuenta no importa. Nos despedimos con una sonrisa y con muchas promesas que esperamos cumplir. Cuando ella se levanta, nos damos cuenta de que somos todas de un porte parecido, aunque María trae zapatos altos. Ella toma su cartera y un último sorbo de su café, y nosotras nos entregamos al sol del mediodía.

Olga Tretyak, de Bakú a Santiago⁸

Era una mañana soleada de principios de diciembre en Santiago. Nos encontramos con Olga en un repleto Starbucks al lado del edificio de Telefónica, en plaza Italia. Ella escogió un latte. Su apariencia inocente de 1.65, vestida en tonos azules pastel y melena rubia ceniza, combinaban con una voz dulce y aguda.

Olga Tretyak llegó al país hace casi cuatro años desde Bakú, capital de Azerbaiyán, después de conocer a su actual marido en un sitio web donde ella estudiaba español. Esta diseñadora de interiores de 34 años nos manifestó que nunca se sintió parte de la cultura predominantemente islámica que rige en su país. Más bien, fue criada bajo la influencia rusa, la religión ortodoxa, y se siente como tal. De hecho, cuando le preguntan su origen, ella suele

⁸ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en diciembre de 2016.

responder “Rusia”, porque es más simple que explicar que Azerbaiyán es su verdadero país, que fue parte de la Unión Soviética y que hoy se está desarrollando, frente al mar Caspio.

14.722 kilómetros recorridos

Esa es la distancia que separa las capitales de Azerbaiyán y Chile. Cuando Olga llegó desde su natal Bakú, se sintió distinta, pero le gustó. ”Desde niña me gustaba mucho el español, desde niña quería aprender español y por eso lo aprendí como autodidacta. Quería vivir en un país hispanohablante, pero pensaba en España, no pensaba terminar en Latinoamérica”, reconoció. Una vez instalada, recorrió el país y llegó hasta Punta Arenas y las torres del Paine, y terminó enamorándose del sur de Chile, así como de un hombre de esas latitudes. Su actual marido es de Osorno.

Desde que vive acá, ha visitado a su familia en Azerbaiyán dos veces. La primera vez fue sola después de un año y medio, y hace dos años fue con su esposo para que conociera Bakú. De su familia, el año pasado vino su madre, con el prejuicio de que Chile era terrible y subdesarrollado, pero, para su sorpresa -según contó Olga- no fue así. “Ahora te creo, quiero vivir en Santiago también”, dijo la madre al pisar suelo chileno.

“Aunque he nacido en Azerbaiyán, me siento rusa”

La ciudad de Bakú vio nacer a esta mujer en 1982, cuando aún pertenecía a la Unión Soviética y el comunismo regía el sistema político-económico. El ruso se transformó en su lengua materna, y fue lo que escuchó toda su infancia y adolescencia en su entorno. Sentada a la mesa con nosotras, le preguntamos cómo vivió esta transición. Ella nos miró a los ojos y afirmó con propiedad que “Soy rusa, y creo que eso es complicado, porque en todos los países soy extranjera. En Azerbaiyán siendo rusa soy extranjera, en Rusia siendo nacida en Azerbaiyán soy extranjera, y aquí también soy extranjera, así que siendo extranjera es algo normal”. Luego de eso, dio un sorbo a su café y mantuvo la conversación en un español muy pulcro. Si no supiéramos que apenas lleva cuatro años en Chile, diríamos que al menos ha vivido aquí una década.

Azerbaiyán es uno de esos países que la gente no puede ubicar fácilmente en el mapa. De hecho, algunas veces, cuando le preguntan de dónde es, Olga se limita a responder que “de Rusia”, para no tener que explicar que venía de Azerbaiyán, un pequeño país en medio de

Rusia e Irán. Allí, si bien el Estado es laico, la mayoría de sus habitantes son musulmanes. Al tener petróleo, es uno de los países más desarrollados de la ex Unión Soviética, indicó Olga.

Luego de que su país obtuviera la independencia en 1991 y se formara una identidad propia, ella comenzó a sentirse incómoda con el ambiente que se estaba gestando, un nacionalismo que no sentía propio, y se rehusó a aprender el nuevo idioma: el azerí. Este, dijo, es más similar al turco.

Entre edificios de arquitectos famosos como Zaha Hadid emerge Bakú, con una población por sobre los 2 millones de habitantes. Cuando los extranjeros visitan la capital azerí, la comparan con París. En cuanto a lo político, Olga dijo estar muy conforme con la administración del Presidente Ilham Aliyev. Pese a los elogios, fue enfática en señalar que “ya no soy parte de allá y no me imagino volver a vivir allá”. La inestabilidad de la moneda local -el manat- y la especulación forman parte del panorama de la nación.

Pese a haberse criado en un país más estricto moralmente que el nuestro, Olga afirmó, varias veces durante la entrevista, sentirse libre. Aún así, compartió su parecer de lo que a veces define como conductas demasiado liberales de la sociedad chilena. Su voz a ratos se quebraba, y no era de emoción, sino que su tono era tan agudo, que daba la impresión de que estuviera a punto de lanzar un sollozo. Cuando se refería a su país lo hacía con un “ellos” en lugar de “nosotros”. Aunque a ratos pudiera equivocarse, cuando comenzaba diciendo “nos...” y luego lo corregía, para afirmar que ya no pertenece allá, sino acá.

Al preguntarle si es que el uso del velo, chador o burka estaba masificado entre las mujeres allá, señaló que las autoridades habían prohibido su uso en escuelas, universidades y algunos lugares masivos. Esto, con el afán de que prevalezca la idea de un Estado multiconfesional. “Aunque es un país democrático, igual ellos tienen una mentalidad musulmana, entonces tienen muchas limitaciones”. Sin sentirse oprimida, esto le molestaba, al punto de emigrar.

“Aquí me siento libre, aquí no siento limitaciones”, dijo.

¿País machista?

Olga fue una de las entrevistadas más locuaces de este reportaje. Frente a cada pregunta, ella trataba de responder desde lo que sentía. No para todas fue fácil expresarse en cuanto a lo que

vivieron, cómo enfrentaron a una nueva sociedad en un nuevo país. Lejos del estereotipo de la mujer soviética fría, introvertida y seca, ella gesticulaba, movía las cejas, se reía e incluso nos tocaba el antebrazo cuando quería poner énfasis en lo que estaba diciendo.

¿Qué tan libre piensas es la mujer chilena? le preguntamos. Ella sonrió y recordó cuando la gente dice que Chile es un país machista. “No, ustedes no saben nada de países machistas, porque crecí en un país machista”, dictaminó. Luego, remontándose a su adolescencia, Olga nos contó que todos sus pololos siempre fueron azeríes, musulmanes, por lo que conocía bien las limitaciones que el islam pone a la mujer, “allá es cosa común”, recordaba.

Femineidad

“Las mujeres de Azerbaiyán por dentro también son libres, pero ellas tienen que vivir su vida porque están muy limitadas de mentalidad, y así crecieron y se educaron desde niñas”, enfatizó la mujer. Luego de eso, nos contó sobre su matrimonio con un hombre chileno, que a pesar de provenir de culturas totalmente diferentes, siempre había espacio para entenderse, y que más que ser parecidos, se complementaban muy bien. Eso sí, no está en sus planes próximos convertirse en madre. Todo esto ocurrió en cuatro años. Nosotras nos miramos sorprendidas de que haya pasado todo tan rápido.

Después de darle otro sorbo al café, que a esas alturas debía estar acabándose, preguntó por qué nos sorprendimos tanto de que se haya casado. Le explicamos que acá se estila cada vez menos casarse entre los jóvenes, y que más bien se juntan. Además, que hace poco se aprobó el Acuerdo de Unión Civil, que es el paso previo al matrimonio, y representa una sociedad frente al Estado. “Nunca en mi vida soñaba casarme de vestido blanco, no tenía ese deseo”, decía, aunque reconociendo que “yo sabía que algún día tenía que casarme”. Hablando de cómo fue su crianza, allá los padres siempre buscan una buena pareja para su hija, y para su hijo. “Pactan un acuerdo y hay muchos matrimonios entre primos. En mi familia eso sería imposible, porque somos de otra cultura, pero es algo normal allá”, relató.

No podíamos dejar de preguntarle a Olga por la usanza rusa y soviética en general, en que las mujeres desde la pre adolescencia comienzan a usar maquillaje, zapatos altos y arreglarse para verse mayores. “Es algo de mentalidad, es algo oriental. Ustedes vieron esas teleseries turcas, a ellos les gusta todo dorado, todo brillante, es algo de oriente para impresionar,

mostrarse ricas”, aclaraba. “Cuando llegué aquí traje un montón de zapatos con taco pero muy pronto los dejé olvidados y prefiero andar así más relajada”, recordó. Usaba zapatos planos, jeans y una chaqueta azul pastel. “Igual trato de estar bien arreglada pero no tanto como en mi pasado”, exclamó.

La mañana transcurría rápido. Las personas que entraban y salían de aquel Starbucks con pedazos de tarta y café también. Le contamos a Olga que en Chile el aborto es ilegal, y que recién ahora se está discutiendo aprobar tres causales. En Azerbaiyán, aseguró, la interrupción del embarazo es legal. “Estamos en el siglo XXI, no puede ser que el aborto sea ilegal, ojalá que lo aprueben”, señaló.

A pesar de esto, de que las mujeres se preocupen de su apariencia desde temprana edad, no se puede obviar el hecho de que la sociedad azerí es muy conservadora. “Allá está mal si niños de 12 o 15 años salen paseando de la mano, el hombre no puede tocar a la mujer, y eso me gusta, que hay más respeto a la mujer en ese sentido”, dijo la mujer.

Si tuviera una hija -contaba-, no la limitaría tanto como en Azerbaiyán. “Lo que me gusta de allá y no me gusta de acá y no sé cómo hacer eso en el futuro, cuando tenga una hija, es que acá son... allá no es posible que niñas de 15 años tengan una pareja y un niño. Acá para mí era un choque que todos los niños están tirados en el pasto besándose, haciendo cualquier cosa. Eso me asusta y yo no sé cómo criar a mi hija explicándole que eso no es normal, pero ella va a ver todo eso, entonces eso va a ser parte de su vida y cómo evitarlo, yo no sé” comentaba con preocupación. En ese momento su frágil voz se tornaba más potente.

“¿Qué opinas de las mujeres chilenas?” En un intento por tomar su café, sin querer derramó un poco encima de la mesa y sobre uno de nuestros celulares. Se deshizo en disculpas y limpió las gotas de latte salpicadas. Le costó encontrar amigas chilenas. Dijo derechamente que “no son confiables”, porque “entre las mujeres tenemos mucha competencia”. Al momento de caracterizarlas, Olga no sabía si solo se trataba de las chilenas o las mujeres en general, pero la relación más distante con ellas en el trabajo y en su vida cotidiana se debía a que “somos más gritonas, más emocionales, prefería trabajar con hombres”.

El factor rural

Según cifras del Banco Mundial, un 45 por ciento de la población azerí es rural. En las provincias más alejadas de la capital “el lugar de una mujer está en la cocina y criando niños. Ellas sueñan casarse y tener hijos porque no tienen otra perspectiva de vida”, narraba Olga, con algo de pesar. La mayoría de estas mujeres que viven en las zonas rurales no salen de su pueblo casi nunca, ni siquiera hacen viajes a otras ciudades. Si tienen un poco más de dinero, quizás se muden a la capital a estudiar, pero son la minoría, detalló.

“Invierten mucha plata en la capital, pero saliendo de la ciudad hay mucha diferencia”, contaba refiriéndose a los gobiernos azeríes, y lo comparaba con los pueblos del sur de Chile. “Lo que me ha gustado de aquí, es que el pueblito más chiquitito en el sur de Chile que ni siquiera existe en el mapa hay plaza, hay caminos limpios, quizás de tierra pero igual no tiene hoyos, nada, bien mantenido. Y hay un punto de información para turistas, allá no. Cuando tu sales de la capital ya es completamente diferente”, decía resignada.

Esto tiene una estrecha relación con el centralismo adoptado durante la Unión Soviética, dado que en Rusia siempre ha habido este centralismo. “Lindo de fachada, pero atrás de la fachada todo tumbado. La gente allá vive mucho de las apariencias”, se lamentó.

Chile: la suerte de encontrar un trabajo

¿Fue difícil encontrar trabajo para ti?, interpelamos. “Yo tuve suerte y encontré trabajo después de 3 meses estando acá, y para mí eso fue suerte. Pero yo encontré trabajo no por mi profesión, porque soy diseñadora de interior, y en Bakú trabajaba en una agencia de arquitectura, y trataba de encontrar aquí lo mismo y no pude, nadie me había llamado, nadie me invitaba. Por eso tuve que un poco cambiar mi rubro de diseño a diseño gráfico, que también era parte de mi profesión. Después de 3 meses encontré un trabajo en una agencia que vende cursos de inglés en el extranjero, hacen intercambios y todo eso. Y también encontré porque una amiga rusa trabajaba ahí y se iba, y tenía que encontrar a alguien para su puesto”, relataba Olga, para después contarnos que lo que más le sorprendió del sistema chileno es que el día laboral dura una hora más que allá. Mientras en Bakú trabajaba de 9 de

la mañana a 6 de la tarde, acá lo hace de 9 a 7. Aunque no encontró trabajo en lo suyo, de igual forma dijo sentirse agradecida de tener uno.

¿Cómo fue la búsqueda de empleo en un país extranjero, en lo tuyo?, le preguntamos a Olga. “Yo pensaba que estaban más abiertos a contratar a personas extranjeras con otra experiencia, más europea, pero no fue así”, respondió algo resignada.

Nosotros le contamos que hay muchas inmigrantes latinoamericanas que llegan a trabajar, por ejemplo, de nanas, que tal vez no estudiaron o tal vez sí, pero no logran ejercer su profesión acá. Solo dijo “Tengo mucha suerte, sobre todo trabajando desde casa, no tengo horario fijo, gracias a Dios que pude encontrar eso. Toda mi vida quería tener un horario así”.

Casi dos horas después de que habernos reunido, recordó lo que más le gustaba de Chile: “Aquí ustedes pueden salir y marchar y protestar y les van a escuchar. En Azerbaiyán, si grupos jóvenes querían salir y protestar sobre algo que a ellos no les gustaba, no pueden pasar ni una cuadra, los va a golpear la policía, los van llevar presos, entonces ellos no tienen voz”.

Habiendo expuesto lo bueno y lo malo de Chile, la mujer chilena y el sistema, Olga nos concedió que tenemos voz, y que eso es muy valorable. “No sé si ustedes siempre logran lo que piden”, dijo. Le aseguramos que al menos nos escuchaban. “Yo siempre veo en comparación, y yo veo algo malo, y aquí encuentro que hay cosas mejores que allá, entonces en muchos puntos ustedes ganan”, señaló esta mujer, antes de una gran sonrisa.

Nos despedimos de abrazo. Ella se disipó entre la gente que caminaba hacia la estación de metro Baquedano, no sin antes manifestar su inquietud por conocer lo que resultara de esta entrevista. Nos dejó la sensación de haber tenido una conversación transparente, donde nos compartió interesantes detalles de su vida, la de una mujer que si bien valora cómo ha crecido su joven país, también es capaz de reconocer que ahí aún se coartan las libertades de la mujer. Antes de partir nos deseó suerte, y nosotras a ella, aunque sabemos que, en el fondo, la tiene.

Olivia Ngunza: “África es amor, África es baile, África es pasión, África es cultura...”⁹

Una mujer alta y curvilínea se acerca en compañía de otra más baja y delgada. Ambas tienen el pelo ensortijado y la piel negra, por lo que no dejan de llamar la atención de algunos

⁹ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en octubre de 2016.

transeúntes. Se trata de Olivia Ngunza y una amiga que jamás revelará su nombre. Olivia es de Kinshasa, República Democrática del Congo -ex Zaire-, tiene 31 años y lleva nueve en Chile. En un español afrancesado pero de alto nivel que aprendió en Colombia, esta abogada que nunca ha ejercido su profesión me lleva a las entrañas de un África segregada y diversa. Nos sentamos a la mesa de un Starbucks en avenida Vitacura, una tarde soleada. Ella, con respeto, preguntó. ¿Y nos podemos sentar así como así? Claro, le dijimos Se sentó frente a nosotras. La amiga se quedó a su lado, con mirada inquisidora, y luego indiferente.

Olivia llegó a Chile desde Colombia como turista pero con la intención de quedarse. Allá tuvo problemas con la beca de estudios que tenía. Luego de vivir en Bogotá por dos años haciendo un intercambio en Derecho, “Había que salir de Colombia, y Chile fue el primer país que no me puso complicaciones para venir”, confesó. Desde entonces vive entre Santiago y Algarrobo con su pololo, un chileno-italiano que “de italiano tiene el puro pasaporte”. No tiene hijos.

Después de ese breve relato de su llegada al país, pasamos inmediatamente a conversar sobre la realidad de las mujeres en Chile, en África, y en la República Democrática del Congo. “El primer punto es la autoestima. La mujer negra tiene la autoestima bien alta. Cosa que la mujer blanca no la tiene, no por el suelo pero más o menos por ahí van. Lo otro, el calor humano, la forma de cuidar a los niños, la forma de cocinar, la forma de mantener su casa, que es muy distinta a la mujer blanca”, enfatizó Olivia. “¿Cómo así?”, le preguntamos, a lo que respondió que la mujer negra es más de piel que la blanca. Que la mujer negra no está preocupada de los prejuicios ni lo que digan los demás, por ejemplo en cómo educa a sus hijos “Si el hijo se quiere tirar en el piso lo deja hacerlo, pero la mujer blanca te dice "oye, qué van a decir los demás"...”, ejemplificaba.

Lo segundo que Olivia destacó de la sociedad chilena, y de las mujeres de aquí, y que, a su juicio se da mucho, es que somos “muy de las apariencias”. Además, ha habido oportunidades en que se ha sentido discriminada por su color de piel o su peso, y otras en que se ha sentido muy querida.

De Kinshasa a Kenia, de Kenia a Colombia, y de Colombia a Chile. Así ha sido el periplo de esta mujer que no ha ido ni una sola vez a su país desde que salió, en 2007, aunque lo extraña muchísimo. Cuando le pedimos que nos cuente lo que significa ser y desarrollarse como

mujer en África, ella dijo que allá “Ser mujer es lo más *bacán* que hay. Aunque nunca faltan los desgraciados, pero eso es caso aparte. Desde chico te enseñan el respeto a la mujer, te enseñan el respeto a la madre, porque la madre es la que da la vida, entonces a todas las mujeres cuando te ven te dicen por respeto "mamá", "señora", tiene un cierto grado de respeto hacia la mujer en África”.

Su opinión puede sonar contrastante con algunos datos del ACNUR. El organismo ha consignado que "muchas mujeres congoleñas no conocen sus derechos ni la protección que les brinda la ley. En todo el país, existen muchos matrimonios sin registrar, por lo que las mujeres no pueden acogerse a los derechos que emanan del Código de Familia. Esta situación se ve agravada por años de conflicto armado en el este, que han favorecido la desaparición de muchas estructuras civiles y judiciales y han socavado aún más los estándares de protección de la mujer". Olivia añadió que hay "una dictadura disfrazada" del presidente, Joseph Kabila.

Ser mujer bantú

¿Es una sociedad más equitativa la de tu país?, le preguntamos.

“Yo me acuerdo que cuando era niña me contaban la historia de las primeras mujeres periodistas en el Congo, esas mujeres se casaban como a los 50 años, porque todo el mundo decía que eran prostitutas, que tenían que acostarse de oficina en oficina para llegar a donde están, mientras que era solamente su eficiencia y su inteligencia, que las hizo llegar donde estaban” narró remontándose a su infancia, y a sus antepasados bantú, una de las etnias que agrupa a más de 400 grupos étnicos africanos desde Camerún a Somalia. Ellos compartían territorio con los Masái y los pigmeos.

A pesar de la sociedad machista en la que creció, es satisfactorio escuchar a una mujer que viene de las entrañas del África subsahariana, esa África tan colorida pero opacada por los males que agobian a sus habitantes. Aunque -afirmó- esto ha ido cambiando con los años, cifras entregadas por ONG's y conocidos casos de violencia perpetrados por grupos fundamentalistas en la región, hacen dudar que aquello vaya a acabar pronto.

No pudimos evitar preguntarle por la situación de los países musulmanes de África, a ver si es que en algo cambia la situación de la mujer. “En los países musulmanes cuesta ser mujer. Hay varios países africanos donde la mujer todavía se considera como un objeto sexual”, indicó la congoleña. Luego, ejemplificó con países como Burkina Faso o Guinea Bissau. “En

la capital no se da mucho, porque los de la capital son más evolucionados, han viajado mucho, pero en los pueblos...en el mismo Congo también, en los pueblos bien alejados, todavía no llega la emancipación de la mujer a todos los rincones de África”. Luego, en tono muy decidido, aseguró que “existen los mismos casos que pasan acá, aquí también se considera a la mujer como un objeto sexual”.

La amiga sentada a su lado se limitaba a mirar su celular y asentir cuando está de acuerdo con algo. Olivia tenía una voz fuerte y clara. Siendo francófona, habla un español casi perfecto. A ratos era cortante en sus respuestas, pero siempre miraba a los ojos.

Desde que Olivia vive en Chile ha sido garzona, nana, auditora y vendedora, pero jamás ha podido ejercer su profesión de abogada. “Como yo me iba a tirar para el derecho internacional, por eso vine a la beca en Colombia, porque iba a hacer el derecho internacional”, recordó.

Cuando le preguntamos si consideraba que tenía suerte al haber salido de su país, haber viajado y conocido otras realidades, ella solo dijo que “suerte no tanta, son experiencias que uno va aprendiendo”, porque es común que los niños de África salgan a hacer su vida afuera. “Yo tengo varios parientes que ni siquiera conozco, que viven en Europa y Estados Unidos. Conozco por nombre, y ahora con la tecnología se puede hablar con ellos por teléfono, pero no te diría...yo no lo considero así como una suerte, suerte para mí sería ir a Marte... pero es un proceso digo yo, un proceso de aprendizaje que uno va teniendo en la vida, que le toca a cada uno en distintas partes del mundo”, dijo una acalorada Olivia. Esa tarde había cerca de 30 grados celsius en Santiago de Chile.

Hombres chilenos: son como leopardos

En la República Democrática del Congo, las mujeres no pueden firmar nada sin permiso de su marido, son constantemente violentadas y existen abusos sexuales sistemáticos. “En los pueblos eso es muy frecuente, porque cuando una se casa el marido pasa a ser tu responsable”, dijo Olivia, quien fue muy crítica frente a la actitud de los hombres en Chile. Aseguró que son de doble estándar y no dicen las cosas de frente, pese a que lleva una relación de -hasta esta entrevista- siete meses con el chileno-italiano, que conoció en una página de citas.

“¿Cómo ves la actitud de los hombres de acá?”, le preguntamos. Nuestra curiosidad era grande. “Aquí (suspiró)...aquí son miedosos, son temerosos...el hombre chileno es miedoso y temeroso. Tiran piropo cuando son en grupo, si uno se da vuelta y los encara, empiezan a echarse la culpa que ese fue, que no fui yo, que fue el otro. En grupo atacan, son como leopardos, el leopardo es un animal súper hipócrita, nunca te ataca de frente, te ataca por la espalda. Así es más o menos el hombre chileno. No ataca solo, ataca siempre en grupo”. La definición del hombre chileno que entregó Olivia contrastaba con la que hizo después del hombre africano, el que “va de frente”. Luego, contó una anécdota que le pasó con un hombre en Santiago:

“Yo conocí uno que iba no sé, venía de Macul y me iba a mi casa, pongámosle por Vivaceta, y conocí al chico en el paradero de la micro, y él se iba para Puente Alto, pero cambió la dirección, me siguió hasta la puerta de mi casa, siguiendo diciéndome cosas, diciéndome cosas... no se dan por vencido a la primera. Entonces, como que una al final dice "toma, aquí está el número de teléfono para que dejes de *hueviarme*".

Así como la rumana Raluca catalogó a los hombres chilenos como “poco serios y faltos de compromiso”, Olivia nos entregó su mirada de un hombre solapado y machista. Pese a provenir de países totalmente distintos y lejanos, ambas mujeres adquirieron una visión similar del comportamiento del género masculino en el país. Tal como lo contó María Palshina, a quien le costó entender pero terminó aceptando que las calles de Santiago los hombres le gritaran cosas. “Es como un perro ladrando, ya no, no me molesta. Y si me dicen algo fuerte, les digo lo mismo. Se los devuelvo”, confesó la rusa en su entrevista.

“El problema es Chile”

De los hombres nos pasamos a las mujeres. Ya nos había dicho que la autoestima de la mujer africana es alta, sin embargo, Olivia fue enfática en entregar su visión sobre la mujer chilena: “Tengo amigas que son bonitas pero hay que levantarles el ánimo porque se creen tan poca cosa que eso es lo que no entiendo. No entiendo por qué la mujer chilena se siente tan poca cosa”, se lamentó. Luego, aseguró que la mujer chilena “no sabe para dónde va la micro”.

“No saben lo que quieren, porque para empezar no se quieren, de ahí parte todo. ¡No se quieren!”, exclamó en tono seguro, pero a la vez preocupado. Una vez más, procedió a contarnos la historia de una amiga:

“Tengo una amiga chilena que siempre me dice "Ay, es que cuando caminamos a ti siempre te voltean a mirar", "Es que a ti un hombre no te puede decir que no", "A ti no te pueden discriminar"...Yo le dije "Oye, Eli, a mí también me han dejado por gorda, yo tampoco soy la media mina, pero me creo el cuento. Despierto todos los días en la mañana y digo 'no hay nadie más igual que yo', porque me quiero a mí misma, y de ahí parte todo. Si uno no aprende a quererse...porque imagínate, en un país donde tú no sabes el idioma, donde tienes el primer factor que es un impedimento que es el idioma, que es la cultura de ese país, si uno no aprende a quererse, nadie lo va a hacer por ti. Y el mismo peso de la sociedad te tira para abajo y de ahí no te levantas más!”. Su reflexión nos hizo guardar silencio por un minuto, y pensar. Pensar en la creciente ola de femicidios y violencia hacia la mujer que hemos visto ocurrir en Chile, sobre todo este año. El #Niunamenos tomó otro valor con la mirada de Olivia. “El problema es Chile”, lamentó.

“El sapo al otro pozo”

Olivia confesó haberse sentido discriminada en Chile. “Te pueden decir que en Chile no existe el racismo, mentira, existe el racismo. Te pueden decir que en Chile no existe clasismo, mentira, existe clasismo (...) por ser de otra parte uno siempre se siente así. Se siente como “el sapo al otro pozo”, relató. Pero esto es algo ambiguo para ella, porque a veces “te cierran la puerta simplemente por ser de afuera. Te cierran la puerta por tener un acento distinto, te cierran la puerta por ser gorda, te cierran la puerta por ser flaca, te cierran la puerta por cualquier estupidez que le pasa a la persona por la mente”. Al preguntarle si creía que con las blancas era distinto el trato en Chile, la mujer aseguró que sí, que con los blancos es muy distinto, por ejemplo, a la hora de pedir trabajo.

Una vez más, recurrió una historia para demostrar que la discriminación en Chile sí es una realidad. Contó, entonces, el episodio de desalojo de un cerro en Arica. Allí vivían colombianos, dominicanos, ecuatorianos, peruanos y chilenos. “A todos los que eran de raza blanca les trataron con cierto mínimo de respeto en el desalojo, pero a todos los que eran de

raza negra, fue totalmente lo contrario. A ellos les trataron de narcotraficantes, hubo maltrato con ellos, porque eso va a existir siempre, por más que uno quiera que cambie el mundo, no es fácil el cambio, porque el cambio tiene que empezar por la persona”, aseveró con tristeza y bajó la mirada.

Africa Day

Pese a las impresiones, a veces alegres y a veces tristes que nos entregó Olivia en su testimonio, hubo algo que sacó a relucir su lado más alegre y nacionalista. Sin importar lo que marcan las estadísticas o lo que muestran los noticieros, esta férrea defensora de su continente se dispuso a relatar con entusiasmo acerca de lo que África es para ella.

“Lo que a nosotros nos gusta es demostrar nuestra cultura, no demostrar el África que todo el mundo conoce de lo que sale en la tele, la hambruna, la guerra, no. África no es solamente eso, África es amor, África es baile, África es pasión, África es cultura”, dijo inspirada.

La hermosa sonrisa de esta mujer inundaba su rostro cada vez que recordaba los cantos, las danzas, las vestimentas y comidas de su país y a las mujeres de su tierra. A pesar de los conflictos existentes allá, los que dijo que siempre habría por ser países ricos en oro, diamantes y cobre, hizo un llamado: “Mientras que los africanos no nos unamos para evitar eso, siempre va a existir”.

“¿Está muy disgregada esta África? ¿Muy desunida?”, consultamos. “Nos falta unión”, aseguró. “¿Y por qué nos falta unión? -prosiguió-, porque antiguamente cuando llegó el hombre blanco, lo primero que enseñó era que en todas las creencias que teníamos nosotros que nos unían eran malas, eran brujería, y que la mejor religión era la cristiana. Entonces, ¿qué es lo que hace? desunión”.

Tras esa reflexión, le preguntamos si es que los africanos residentes en Chile se juntan a compartir y celebrar fechas importantes. Allí fue cuando Olivia nos contó sobre el Africa Day, una celebración que se conmemora cada diciembre en la Parroquia Nuestra Señora de Pompeya, en Providencia. “Ahí es donde tú ves a todo el continente africano que está en Chile en un solo lugar”, contó dichosa.

Ese día -recordaba Olivia- se hacen comidas típicas, bailes, es una fiesta africana y afrodescendiente. Vienen la comunidad afrodescendiente de Arica, vienen a bailar, viene la comunidad afrodescendiente colombiana, peruana, ecuatoriana, y pueden llegar a juntarse los 1500 africanos que hoy están en el país. La mayoría de ellos viene de Senegal.

“Cada uno se reúne con la gente de su país, porque uno se siente en casa, hablando en su idioma, y se reúnen entre nosotros, porque hace poco fue la independencia de Angola, fuimos gente del Congo, de Mozambique, de Senegal, de Nigeria, entonces cuando es la independencia de un país vamos todos, nos reunimos entre nosotros con comunidad chilena”, siguió.

La amiga que observó y oyó toda nuestra conversación finalmente intervino. Nos contó que lleva 11 años en Chile. Antes vivió en Kenia. Aquí -señaló- vive con un hermano y un bebé de dos años. "Cada una vive las cosas a su manera", dijo en un español perfecto, como el de Olivia.

Antes de finalizar la entrevista nos invitó al Africa Day. Yo, Constanza, le confesé mi amor por África desde la infancia -sin haber ido aún-. Al despedirnos nos abrazamos. Sabemos que ese abrazo viene de lejos, de las entrañas del continente más indómito y saqueado del planeta.

VI LAS NAVEGANTES DEL PACÍFICO

Si bien el continente asiático se extiende desde la península arábiga e involucra el subcontinente indio y parte de Rusia, son los países más lejanos los que se han transformado en el motor principal de la economía mundial. La mayoría de las fábricas de reconocidas marcas se emplazan en países de Asia, donde la mano de obra tiene un costo considerablemente menor. Pese al desarrollo económico y tecnológico alcanzado por potencias como China, Japón o Corea del Sur, existen otras naciones que más bien han padecido de una emigración masiva en búsqueda de mejores oportunidades. La sobrepoblación en el continente, “provoca el surgimiento de grandes asentamientos precarios, contaminación y degradación ambiental. Dado que Asia oriental y el Pacífico concentra la mayor cantidad de desastres naturales (70 %) y es la región más afectada por ellos, los desafíos en materia de urbanización pueden agravarse debido a un clima en constante cambio”, consigna el Banco Mundial en su base de datos.

María Cielo, más hijos ajenos que propios¹⁰

Nos llegó la hora por fin. Después de tanto rato dentro de la oficina de Proyecto Nanas, una de las mujeres tuvo tiempo para hablar con nosotras. Se trataba de María Cielo Manalansan, tiene 46 años y el 13 de mayo pasado comenzó su domestic helping en Chile. Antes de que ello ocurriera, trabajó en su natal Manila, capital de la nación filipina, después en Macao, Hong Kong, China y Taiwán.

Nosotras salimos de la sala y entró María Cielo. Sostuvo una charla breve con Carol y enseguida nos hicieron pasar. Cuando la miramos bien nos dimos cuenta que recién, antes de pasar a la entrevista, esta muchacha vino y nos ofreció un café. Se veía algo tímida, vestía unos jeans rígidos con un polerón de polar blanco, muy acorde a los pocos grados que hay afuera de la oficina.

¹⁰ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en mayo de 2016.

María Cielo no medía más de un metro y medio, tenía el pelo negro acomodado en una abundante melena, usaba lentes y siempre exhibía una sonrisa. Esta podía contrastar con la realidad de Filipinas, aquel lejano país de más de 100 millones de habitantes distribuidos en 7 mil islas, gobernadas por un autoritario presidente: Rodrigo Duterte, quien ha sido comparado con Hitler por sus discursos xenófobos, homofóbicos y dichos irreverentes, donde ha amenazado directamente a delincuentes, narcotraficantes y drogadictos de muerte. En Filipinas, además, no existen leyes laborales que amparen a los trabajadores, quienes al enfermarse no pueden faltar.

María Cielo llegó a Chile el 12 de mayo de 2016, por lo que llevaba, a la fecha de la entrevista, muy poco tiempo en nuestro país. Al cruzar la cordillera y encontrarse por primera vez con la costa, nació un amor a primera vista, ya que señaló tener un fuerte gusto por la naturaleza. “Estuve en Viña del Mar, un lugar hermoso, y me gustó que estuviera cerca del mar, Concón también, cerca del océano, me encanta”, enfatizó.

Y es que Manila, donde María Cielo vivió su juventud, era así: montañas y mar azul profundo. Por lo mismo, siempre pensó en un lugar verde y puro para asentarse. En Santiago, a sólo siete días de su llegada y ya habiendo terminado su proceso de inducción, su destino era la comuna de Calera de Tango, a varios kilómetros del alejado panorama del centro de la capital pero, al mismo tiempo, con la Cordillera de la Costa distanciándola de su anhelado océano.

La filipina aún no conocía a la que sería su familia por los próximos dos años, ya que ese era el tiempo mínimo de estadía según el compromiso que se firmaba con Carol Luco, pero la menuda mujer ni siquiera se mostró ansiosa por la espera: “Bueno, la verdad es que no estoy esperando mucho de ningún lugar y menos de la gente chilena, porque ya he trabajado en distintos países y he experimentado las diferentes actitudes de las personas”, sentenció María Cielo.

El tiempo pasaba rápido en la pequeña sala donde nos situamos cerca de ella, mientras que Carol observaba en aparente calma desde el otro extremo, con las piernas y manos entrelazadas y una pronunciada sonrisa. Al consultarle por su relación con sus empleadores,

la filipina aseguró que había visto de todo, “pero aún así los voy a respetar, precisamente porque son mis empleadores”, señaló categórica. Carol volvió a sonreír.

La vida de María Cielo Manalansan siempre estuvo marcada por la migración y el trabajo lejos de su hogar. En Hong Kong, Macao y Malasia se desempeñó como trabajadora doméstica, mientras que en Taiwán formó parte de una empresa de computación, lo que realmente estudió. Al insistir para conocer un poco más acerca de las distintas experiencias que la asiática tuvo con sus empleadores, los cuales aseguró son usualmente extranjeros en el país en que trabajan, volvió a primar el rigor en su semblante. “Depende de la persona y de mí, de cómo lidié con ellos, porque a pesar de que esos empleadores tengan otra actitud, tienes que respetarlos porque esa es simplemente su manera de hacer las cosas”, finalizó enérgica.

Esa misma noche, comenzaba una nueva vida junto a una familia de la que nada sabía. Sólo llegaba a este hogar con la experiencia de haber trabajado al otro extremo del planeta, con personas que comían, hablaban y vivían diferente, además de las opiniones de una vieja amiga que trabajaba en Chile hace varios años y que fue el contacto directo entre Carol y María. “Ella me dijo que la gente chilena es buena, son gente amable, cálida con sus trabajadoras del hogar, porque en China son malos”, aseguró. A pesar de todo, no los culpaba, ya que, “tienen su propia forma de hacer las cosas, su propia cultura”.

“Necesito ganar dinero, necesito trabajar”

A lo largo de sus 46 años, de los que casi 20 ha dedicado a ser trabajadora doméstica, esta mujer conoció y, por supuesto, vio crecer a múltiples niños ajenos, muchas veces por más tiempo que a su propia hija, una pequeña de siete años que la esperaba junto a su esposo en Filipinas, al otro lado del océano. Por más triste que esto pudiera parecer, María Cielo soltó una carcajada al momento de responder si extraña o no a su familia: “No, la verdad es que no”, exclamó alegremente. “En realidad no, porque estoy trabajando en el extranjero desde hace muchos años. Desde 1992 que trabajo”.

Por supuesto, como en todo trabajo, la filipina ha tenido buenas y malas experiencias en torno a su labor como asesora de hogares. Recordó especialmente a una paciente de cáncer terminal en Hong Kong como su más compleja misión. “Ella estaba muy enferma, así que fue muy

difícil, una experiencia muy dura, porque tenía que cargarla y ponerla en la silla de ruedas, luego ir al hospital a hacerle chequeos y otras cosas”, rememoró. Definitivamente para Maria Cielo, cambiar pañales y sábanas a adultos mayores era un trabajo no muy grato.

Por otra parte, Manalansan recordó Macao como uno de sus mejores destinos de trabajo, ya que los empleadores fueron un gran aporte para su desarrollo en esa región. En desmedro de esto, señaló que las políticas laborales chinas son complejas ya que, “en su cultura está impuesto que ellos deben obedecer, así que la ley está para cumplirse. Allá no puedes cruzar la calle con la luz roja porque tendrás una multa real. (...) especialmente en Hong Kong y en Macao.

Si bien la ley china es rigurosa y represiva, existen leyes concretas para las trabajadoras del hogar. Maria Cielo explicó que en caso de cualquier irregularidad por parte de los empleadores, es posible realizar una denuncia a su departamento de inspección del trabajo. Esto es importante, ya que nuestro país realizó las actualizaciones para llegar a la actual ley de trabajadoras y trabajadores de casa particular recién a fines de 2015.

Apenas terminó su educación escolar, esta mujer asiática salió al mundo a trabajar. A la temprana edad de 21 años ya se desempeñaba como asesora del hogar y desde ese entonces sólo ha parado para tomarse breves descansos. “Dado que mi meta es trabajar porque me encanta trabajar en el extranjero, creo que no pienso volver a Filipinas” afirmó.

Cuando le preguntamos si alguna vez añoraba estar en su país, si su vida hubiera sido distinta de quedarse allá, ella rió, y largamente reconoció que “Yo soy una trabajólica, así que si no trabajo, quiero salir pronto al extranjero a trabajar. No me gusta quedarme en un lugar y no hacer nada, siento que eso me enferma, siempre quiero quedarme en un lugar y trabajar ahí, lo mismo con Chile, no me gusta descansar”.

Maria Cielo admitió que le asustaba la gran diferencia en la concepción de la edad en oriente, ya que en el país isleño a los 46 años ya no se puede optar a casi ningún trabajo, además, los sueldos del rubro del hogar son muy bajos en comparación a nuestro país. “Pienso quedarme aquí lo que más pueda. No voy a volver a las Filipinas, solo cuando lleguen las vacaciones para ver a mi familia”, aseguró.

Luego de tantos años sirviendo en casas particulares, la nueva “adquisición” de Proyecto Nanas recordó una familia en especial con la cual hizo un bello nexo, suerte que espera tener aquí. Cuatro años vivió junto a una familia en Macao, la pequeña región administrativa especial de China; “en mi trabajo anterior en Macao ellos dependían mucho de mí, yo era la que decidía por la comida, por todo”, enfatizó.

Además, María Cielo fue también la principal encargada de la crianza de los hijos del matrimonio. Yo cuidaba a los dos niños, incluso a veces yo iba a las reuniones de las escuelas y otras cosas escolares. además paseaba con ellos en los parques. Así que en teoría era como una mamá y un papá para esos niños”, señaló. “Ahora no pueden encontrar a otra persona como yo. Esa familia amaba comer, ¡así que extrañan mi comida!”, finalizó con una sonrisa en el rostro. Carol Luco, mientras se refregaba las manos, también sonrió.

La filipina tiene claro que a lo largo de su vida ha sufrido una compleja adicción al trabajo. Cuando estuvo de vacaciones en su tierra natal, antes de venir a América Latina, tuvo tiempo para pensar y enfatizó en que no había otro pensamiento en su mente que salir pronto al extranjero a continuar trabajando. “No me gusta quedarme en un lugar y no hacer nada, siento que eso me enferma, siempre quiero quedarme en un lugar y trabajar ahí”, dijo con seguridad.

Sin previsión de salud

Carol la miraba con una gran sonrisa a cada momento. María Cielo continuó: “No me gusta descansar. De hecho, mi esposo me pidió que volviera a las Filipinas y me quedara ahí cuando estuve en Macao, pero creo que me moriría”. Ante nuestra incredulidad, la asiática prosiguió, “siempre quiero estar haciendo algo, y allá solo me siento. El resto de mi vida es estar con mi hija. Me enferma, necesito ganar dinero, necesito trabajar”, dijo lapidariamente. Carol parecía complacida.

Para ella las enfermedades tampoco son un impedimento para detener su laborioso ímpetu. Aseguró que en sus casi 25 años de trabajo sólo se ha resfriado unas cuantas veces, lo que no frena sus labores del día a día. “No, simplemente descansas un día, pero a veces trabajo de todas formas. Generalmente alguien se contagia en la casa y nos contagiamos todos, pero yo

debo trabajar porque de lo contrario, nadie se encarga de los niños”, señaló inexpresiva. Carol Luco seguía observando con atención.

Luco comentó en su entrevista que las mujeres filipinas -y nepalesas- que llegan a trabajar a Chile, al menos en su empresa, lo hacen con una visa sujeta a contrato de trabajo, que la mayoría de las veces es otorgada por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Así, explicó en su momento que “ellas vienen trabajando para un empleador, y eso lo hacemos nosotros en un consulado en Taiwán, en Singapur, lo hacemos en un consulado de Chile en ese país y ellas llegan a trabajar con ese cliente, con ese empleador. Se llama "visa sujeta a contrato de trabajo", mandamos un contrato de trabajo y ellas procesan su visa para ese empleador.

Al consultarle por sus vacaciones de este año la mujer de ojos rasgados ni siquiera pareció incomodarse. “Depende de mí si quiero ir, porque en Macao ellos las dan todos los años. Pero si yo no quiero ir es mi decisión”. Carol comenzó a mirarse las manos mientras María Cielo explicaba las gestiones y malabares que siempre hizo con sus empleadores para viajar alrededor de dos semanas a Filipinas y visitar a su familia. El tiempo se acababa y lo notamos.

María Cielo ha criado más niños ajenos que propios, pero eso realmente pareciera no ser un problema ni una preocupación en su vida. “Puedo hablar con mi hija todos los días, cuando estaba en Macao llamaba para allá y es muy barato, así que siempre puedo hablar con ellos al teléfono. Ya estoy acostumbrada también. Está bien por mí, no soy ese tipo de persona que es muy apegada a la familia, no necesito tocar a mi hija para estar bien y mucho menos extrañar mi casa. No soy ese tipo de persona”, afirmó la filipina mientras nos miraba con ojos secos. Pasaron varios segundos en que nadie dijo nada, posteriormente y como por arte de magia, todas juntas nos pusimos de pie.

María Cielo ya estaba en Chile. Esperaba por ella un desconocido hogar de Calera de Tango donde hay planes, anhelos, deseos y sueños, realidad que difiere totalmente a la de la familia de esta eterna viajera, quienes han esperado siempre por su improbable regreso. Luco, en su momento, enfatizó alegre en que “las nanitas están maravilladas con la vida de acá, con las condiciones laborales, la preocupación que hay de los empleadores”.

De todas formas, esta mujer de 46 años no está sola, llegó a formar parte de la cada vez más numerosa comunidad de nanas filipinas en Santiago. Los fines de semana se juntan en Escuela Militar y en el centro comercial Alto Las Condes. Allí se fotografían, intercambian experiencias y buscan algo, aunque no siempre lo admitan, que las acerque a su lejano país, al otro lado del Océano Pacífico.

Renuka y Yangchen, las dos caras del Proyecto¹¹

El reloj marcaba las 12:38 del día. Estaba cinco minutos adelantado, pero de todas formas había que correr por las escaleras para llegar rápido hasta la boletería de la estación Tobalaba. De lejos se veían las dos mujeres que nos esperaban. Eran bajas, tal vez de 1,50 cm. Ambas de pelo liso, tez tostada y ojos rasgados.

Se trataba de Yangchen Dolma Sherpa y Renuka Maharjan, ambas venían desde Katmandú, Nepal, y llegaron a Chile para trabajar como nanas en casas de Santiago oriente, con la misma agencia que trae a las nanas filipinas. Ambas dijeron ser solteras, sin hijos ni ningún otro compromiso, y ya con experiencias previas en el extranjero, esto último tal como demandan las políticas de Carol Luco, en Proyecto Nanas. Nepal, el pequeño vecino oriental de la India que emerge entre los Himalayas, comparte las religiones hinduista y budista. Allí emerge el monte más alto del planeta: el Everest, que vio nacer a Siddartha Gautama, Buda.

Llevamos a las mujeres a un *starbucks* cerca de avenida El Bosque. Ambas pidieron un latte para cada una, algo tímidas y definitivamente avergonzadas de que les invitamos el café, sin embargo, no demoran demasiado en soltarse y en sentirse cómodas mientras conversábamos las cuatro en inglés.

Nos contaron que dejar a sus familias siempre es difícil. Que las extrañan. Aunque sus motivaciones son algo distintas, Yangchen comenzó trabajando en el extranjero en Israel, escuchó por sus amigos del colegio que allá la paga era mejor, y que las mujeres eran bien tratadas en cuanto a las leyes, así que emprendió rumbo. Trabajó durante seis años como *domestic helper*, hasta que expiró su visa y tuvo que volver a Nepal.

Renuka pasó por Chipre antes de estar en Chile, porque las mujeres de Nepal suelen ir a trabajar a Chipre, como ella misma nos cuenta, pero el salario era bajo, así que tuvo que

¹¹ Entrevista realizada por Florence Ringele y Constanza Vargas en noviembre de 2016.

volver. Luego escuchó sobre Chile y el negocio de Carol Luco. Sin embargo, esto no ha sido todo lo que ella se esperaba.

Renuka y Yangchen llegaron juntas a Chile, aterrizaron y se bajaron del mismo avión. Se observaron durante la entrevista y después rieron pensando que tuvieron la suerte de llegar hasta aquí acompañadas. No todos llegan a vivir a un país desconocido junto a un amigo. En el aeropuerto las esperaba *mam* Carol.

La explotación solapada

En Nepal, las horas de trabajo para una trabajadora doméstica son 12. Ambas chicas lo saben bien. Nos contaban que se sentía cómodas estando en Chile, sus nuevas familias las estaban acogiendo bien. Yangchen estaba encantada con su trabajo, que consistía básicamente en cuidar de un bebé y encargarse solo ciertos días del aseo del hogar. Sin embargo, el debate comenzó cuando Renuka dijo “Todo está bien, pero a veces estoy enojada”. Nosotras cruzamos una mirada interrogante, al tiempo que Renuka fruncía el ceño e inflaba las mejillas, como una niña enojada. Yangchen la observa atentamente.

¿Enojada? ¿Por qué?

R: No siempre, pero a veces. Es que es demasiado trabajo. Tengo que levantarme a las seis para poder ducharme, porque debo servir el desayuno en sus camas desde las siete. Y trabajo hasta las 10 de la noche. Por eso a veces estoy muy enojada, incluso he llorado en las noches. El trabajo es muy duro. Tengo que planchar en la tarde, por unas dos o tres horas, y eso es solo planchar... La ropa del bebé y todo.

De siete a diez de la noche. 15 horas de trabajo. Renuka nos contó que en Chipre trabajaba mucho menos, que en Chipre la gente no necesita tener cámaras y aquí las hay por toda la casa. Nos contó de cuando habló acerca de esto con sus empleadores, y ahora está a la espera de que su jefa consiga a otra niña para que la apoye en el trabajo. “Yo trabajo duro, por eso ella no quiere que yo me vaya a otra casa y por eso está buscando a alguien más. Para que yo esté contenta”, afirmó. Pero nosotras no dejamos de sorprendernos con su relato. “Le pregunté a mi empleadora, porque mi contrato dice 12 horas, y ella me dijo: No, es que cuando comes, cuando cocinas, ese es tu tiempo libre”, confesó la nepalesa.

Nos quedamos impresionadas con el relato de Renuka, sobre todo porque no es lo que predica Carol respecto del proyecto nanas, con el que dice acoger y preocuparse cien por ciento de sus “nanitas”.

En cuanto a Yangchen, ella está contenta. Es una mujer muy dulce, con una voz suave. Su trabajo es tranquilo y sus dos jefes muy comprensivos, según sus propias palabras. La única diferencia con su antiguo trabajo en Israel son las horas, porque allá trabajaba ocho y acá 12, y el salario es más bajo. Aún así, tiene mucho tiempo de descanso para estar tranquila. Su empleadora es una mujer venezolana.

Renuka quedó intranquila. Nos recalcó varias veces durante la entrevista que estaba molesta por su trabajo. Le preguntamos si lo había conversado con Carol. Nos explicó que sí, “es que ella muy amable y me dijo que lo hablaría con mi *mam*”, pero la situación aún no cambia. Su empleadora sigue en busca de otra niña. Renuka nos contaba que su jefa lleva dos años en esa casa y ya ha tenido seis nanas distintas. “Es demasiado estricta”, decía. “Ella me dice: si estás con el bebé no debes hacer nada más. Si vas al baño, vas con el bebé”. Nos quedamos perplejas.

Yangchen continuó mirando a su amiga con tristeza. “Ella solo quiere alguien que cuide al bebé para que pueda limpiar la casa”, afirmó. Y Renuka nos contó de los grandes ventanales que hay en su residencia y cómo ella debe limpiarlos por dentro y por fuera. “Eso es ilegal, si la policía te ve, puede multarte”, le dijimos. “No estás obligada a hacer eso”. Pero Renuka simplemente se encoge de hombros y dice “Qué voy a hacer yo, si ella me dice que debo hacerlo”.

A pesar de que es el único caso que conocemos, podemos ver atisbos de que Proyecto Nanas no es lo suficientemente regular en cuanto a sus políticas de trabajo. En Chile la jornada de trabajo para una trabajadora de casa particular en ningún caso debe exceder las 12 horas diarias, y dentro de esa jornada debe estar considerada al menos una hora de descanso, según la Dirección del Trabajo. Ambos derechos que Renuka no tenía, al menos hasta la fecha en que se realizó esta entrevista. Por el contrario, su jornada de trabajo se extendía hasta 15 horas sin descanso.

Esto se condice también con una situación que describimos en el segundo capítulo de este reportaje. Cuando llegamos por primera vez a visitar la oficina de Carol escuchamos que sus asistentes conversaban acerca de Miriam, la mujer que llevaba tres meses en Chile, trabajando sin ninguna previsión de salud.

Las mujeres chilenas, la religión y las minifaldas

Conforme avanzaba la entrevista, desviamos el tema para abocarnos más a la mujer. Las dos chicas tienen percepciones muy distintas sobre la figura femenina chilena, pero concuerdan en que aquí son más energéticas que en Nepal. Allá después de los 40 años, casi las mujeres no trabajan, son los hijos o los nietos los que se encargan de ti cuando llegas a esa edad, a menos que tengas una poco más de educación.

“Físicamente, ¡la verdad es que aquí en Chile son muy parecidas a las nepalesas! aunque no tanto como las mujeres peruanas”, exclamó Yangchen, muy jovial, mientras Renuka asentía muy enérgicamente con la cabeza. La mujer nepalesa es muy sencilla, eso se refleja también en estas dos mujeres, ninguna lleva maquillaje, salvo una raya en el párpado de Renuka. Ellas describen a la mujer nepalesa como tímida, y a la chilena la ven mucho más fuerte. Por ejemplo”, señaló Yangchen. “En Nepal cuando está oscuro las mujeres no salen a la calle. Es muy peligroso”, contó.

Nos recordó una historia que alguna vez nos contó una amiga. Ella vivía en Brasil y decía que en algunas ciudades, los buses del transporte público iban a dejar a las mujeres hasta la puerta de sus casas cuando ya estaba oscuro, de lo contrario las veías a todas corriendo desde la parada del bus hasta su casa, porque las posibilidades de desaparecer en la oscuridad de ese pequeño trayecto eran demasiadas.

Acoso sexual callejero nunca han sufrido, ni en Nepal, Israel o Chipre, aunque sí conocen historias de amigas a las que les ha pasado. Cuando les contamos lo que ocurre aquí y las cosas que te puede llegar a decir un hombre en la calle, ellas se miraron horrorizadas. “No debe ser agradable. Somos mujeres y ellos deben respetarnos”, aseveró Yangchen.

Nepal es un país conservador, incluso machista. Ambas mujeres entregan un bosquejo de eso cuando comentan que no les gustan los vestidos cortos, que a la gente en Nepal no le gustan

los vestidos cortos. Yangchen dijo “Igual hay niñas que los usan”, y Renuka respondió “Más que nada adolescentes. Ellas los usan a veces, pero si tú vienes de una buena familia, no usas un vestido corto”, sentenció. Luego nos explicaron que Nepal funciona con las mismas lógicas que la India, por ejemplo: “En la India si naces pobre mueres pobre. En Nepal es igual”, aseguraron.

Los sueños del futuro

Yangchen y Renuka siguen las religiones del budismo y el hinduismo, respectivamente. Aunque nos cuentan que desde que llegaron a Chile solo viven sus religiones desde el corazón, omitiendo la mayoría de los rituales sagrados que hacían en Nepal. No tienen planes de retomar estos rituales pronto, ninguna de las dos piensa volver a Nepal, aunque tampoco piensan asentarse acá dado lo difícil que se les ha vuelto ahorrar. De pronto, Yangchen hizo una afirmación que nos dejó mirándonos las caras, aturcidas: “Cuando yo llegué aquí pensé que esto era parte de Estados Unidos, no Chile.” Es difícil comentar qué nos pasó cuando escuchamos esto, la primera alternativa sería que Hollywood había hecho de las suyas, propagando el estereotipo de los “americanos”, que en realidad son estadounidenses. La otra alternativa era comenzar a preguntarse acerca de la precariedad del sistema educativo de Nepal. No ahondamos en ninguna de las dos temáticas.

Las dos nepalesas continuaron haciendo conjeturas acerca de su destino. Les gusta Chile, pero quieren conocer otros lugares. Para Yangchen la razón es esa, pero Renuka sufre porque aquí no puede hacer realidad su sueño, que es ahorrar lo suficiente para poder comprarse una casa propia, pero es una mujer alegre. Pronto se olvidó de la pena y abriendo los brazos nos preguntó: “Y ahora ¿qué piensan de las mujeres de Nepal?”. Yangchen la miró divertida. Nosotras les decimos que son las primeras nepalesas que habíamos conocido en la vida, pero que son dos muchachas muy dulces, amables y simpáticas.

La conversación desembarcó en la comida típica chilena, los problemas de Renuka porque a su jefa no le gusta el ajo, la cebolla ni el humo en la cocina y lo que ellas habían aprendido a cocinar en la casa de *mam* Carol. “Aquí en Santiago hay varios lugares buenos para comer comida india! ¿Aprendieron algo de comida chilena ustedes?”

Y: Sí, en la casa de *mam* Carol.

R: Estuvimos en entrenamiento. A veces yo tengo que hacer cosas como charquicán, puré, lentejas, porotos... ¿Qué? ¿Porotos? ¿Así se dice?.

Renuka nos mira enojada, como si “porotos” fuera una mala palabra, pero sonrío una vez que se da cuenta de que lo pronunció bien.

Llegamos al final de nuestra entrevista con las dos muchachas de ojitos rasgados. Ambas se veían contentas y nos dieron las gracias por hablarles en inglés, nos contaron que hasta ahora habían podido comunicarse así de bien con muy poca gente.

Las hicimos pasar al sillón de un solo cuerpo para poder tomarles una foto y luego nos tomamos una todas juntas, para el recuerdo. Recogimos nuestras pertenencias, nuestros envases de café vacíos de Starbucks, y caminamos fuera del recinto, hacia el sol tenue que ese día iluminaba el medio día.

Yangchen y Renuka se despidieron justo en la intersección de avenida Providencia con avenida Tobalaba. Les señalamos el camino hacia el Costanera Center y ellas se alejan tomadas del brazo, resaltando entre la multitud con sus ojitos almendrados, sus caritas redondas y la tez tostada de su piel.

Nosotras nos alejamos hilando conjeturas sobre lo distinto que es ser mujer a través del mundo. Lo que significa no poder salir a la calle cuando está oscuro, no poder usar faldas. Tener que salir de tu país y dejarlo todo para trabajar, ahorrar y poder comprar lo que necesitas. Que diferente es la realidad de estas mujeres de esfuerzo, que trabajan 12 o 15 horas diarias por una ley mal hecha, y en un trabajo sacrificado. Qué difícil es ser mujer en este mundo en el que tantas veces hemos estado infravaloradas.

VII LA AMENAZA ASPIRACIONAL

Durante la elaboración de este reportaje nos encontramos con que la cantidad de mujeres inmigrantes en Santiago de Chile, provenientes de países de África, Asia, Europa del Este y Medio Oriente era más variada a lo esperado. Conocer a María Cielo, Renuka, Yangchen, Leyla, Nadya, Raluca, María, Olga y Olivia, sus motivaciones a emigrar -por primera vez o como forma de vida-, el por qué escogieron o llegaron hasta Chile y cómo han vivido el proceso de adaptación, fue una experiencia enriquecedora cultural y socialmente, y el intercambio de vivencias que se logró durante las entrevistas nos dejó una visión más profunda de lo que significa tener las agallas para dejar de lado su mundo, sus trabajos, sus costumbres y emprender rumbos desconocidos.

A medida que transcurrían las entrevistas y conocíamos los testimonios de estas nueve mujeres, también confirmamos la visión de la mujer migrante acerca de la chilena, a quien calificaron de poco confiable y difícil de llevar en los planos social y laboral. Según Ximena Póo, a las mujeres migrantes “no las reconocen como un nosotros, sino como un otro con una diferencia no valorada sino que hay que anular”. A ello, suma que en este ámbito juegan también los estereotipos, a las rusas también les dicen que vienen porque las compraron, así como un marido. No opera la solidaridad femenina en eso. En Chile generalmente la mujer chilena no funciona con códigos de solidaridad de género”.

En definitiva, la mujer chilena se siente amenazada por la mujer blanca inmigrante y tiende a responder de manera negativa. La chilena ve en la mujer blanca migrante, proveniente de Europa, principalmente, una "blanquitud" mayor, más significativa y más legítima que la propia. “La mujer chilena se siente inferior, porque portan (la mujer blanca migrante de otros continentes) una blanquitud mayor y más genuina que la que porta la mujer chilena”, señaló Póo. Esto queda manifiesto cuando Raluca Adam dice “No sé si tú has conocido más personas de Europa del Este, pero en general las personas nos reciben súper bien por aquí, porque escuchan Europa y para ellos es muy bueno”. María Palshina también experimentó

significativos prejuicios de este tipo. “A mi me comentaban varias veces las mujeres: Llegaste a Chile a quitarnos los hombres”, dijo en su entrevista.

En términos laborales, esto les permite una mejor inserción en la sociedad que a la mujer de color, en conjunto con su preparación educacional, dado que estas mujeres hablan al menos dos idiomas en la mayoría de los casos, según Sandoval. Aunque eso no siempre signifique encontrar trabajo en lo que estudiaron, como le pasó a Olga Tretyak, cuando relató que “Yo encontré trabajo no por mi profesión, porque soy diseñadora de interior, y en Bakú trabajaba en una agencia de arquitectura. Yo trataba de encontrar aquí lo mismo y no pude, nadie me había llamado, nadie me invitaba. Por eso tuve que un poco cambiar mi rubro de diseño a diseño gráfico, que también era parte de mi profesión”.

Mientras que las mujeres blancas que conocimos tuvieron la oportunidad de emprender o de ejercer su profesiones -o una arista de ellas- sin mayores problemas, las mujeres morenas, al menos una vez en sus vidas, se vieron limitadas al trabajo doméstico y en algunos casos incluso se enfrentaron a la explotación laboral. Según Póo, esto tiene que ver con que el chileno promedio tiende a occidentalizarse demasiado, y no se siente necesariamente parte de América Latina. La Doctora en Estudios Latinoamericanos afirmó que existe una fuerte tendencia a observar al resto de Latinoamérica y el Caribe como un “otro inferior”. Es por esto que no existe una discriminación incipiente hacia las grandes comunidades migratorias argentinas que representan, solo en Santiago, un 19,6 por ciento de la población migrante, según el Departamento de Extranjería, porque se tiende a considerar al argentino como portador de una blanquitud superior a del chileno.

Sumado a todo lo anterior, las mujeres que llegan a Chile lo hacen buscando cumplir una promesa de bienestar y seguridad, que a veces resulta opacada por la idiosincrasia de la sociedad de acogida. Ellas, aún viniendo preparadas en términos educacionales, toman un riesgo bastante alto al venir a un país como Chile, donde la realidad muchas veces no supera las expectativas. A juicio de Poó, “no vienen escapando de un país para sobrevivir, a menos que vengan en condición de refugio, pero no vienen escapando de una condición económica tan paupérrima como para sobrevivir”, esto porque Chile ha construido un imaginario donde hay una seguridad social importante y no es así.

En este sentido, pudimos darnos cuenta de que la mujer migrante blanca, proveniente de otros continentes, logra un proceso de adaptación mucho más acabado que las mujeres de color que provienen de regiones menos desarrolladas como lo son las Filipinas, Nepal y África. Pudimos notar que las jóvenes de Europa del Este, y en el caso de Palestina y Armenia, las señoras, se encontraban logrando sus objetivos al poco tiempo de vivir en Chile, mientras que las jóvenes asiáticas estaban aún muy dentro de la diáspora, sin hablar una gota de español en algunos casos y sin recibir la ayuda necesaria para dominarlo, lo que dificulta mucho su interacción con el entorno en el que están insertas. Según arrojó la última encuesta Casen, y a modo de ejemplo, la mayor parte de los migrantes que llegan al país se dedica al comercio, representando un 20 por ciento del total. A esta actividad le siguen las de hotelería y restaurantes y el servicio doméstico, con un 12,6 y 12,3 por ciento, respectivamente. Además, un 69,6 por ciento de los migrantes se encuentra empleado en el sector privado.

Reafirmamos que Chile es un país aspiracional en cuanto a su posición social respecto de sus vecinos latinoamericanos. No nos reconocemos como una sociedad racista y clasista. En cambio, se intenta pintar una imagen de bonanza económica y en términos de desarrollo cultural, no nos identificamos con nuestro espacio geopolítico y cultural de referencia, que es América Latina, y tendemos a adoptar rasgos de culturas más lejanas como la anglosajona. El chileno siente que cuando el europeo viene a nuestro país, nos da un valor mayor como sociedad, los vemos como un otro superior, según Ximena Póo. “Por ser de otra parte uno se siente como “el sapo al otro pozo”. Con los blancos es muy distinto (...) Te pueden decir que en Chile no existe el racismo. Mentira, existe el racismo. Te pueden decir que en Chile no existe clasismo. Mentira, existe clasismo”, afirmó la congoleña Olivia Ngunza en su relato.

En cuanto a las proyecciones del arribo de migrantes a Chile, el director de Extranjería, Rodrigo Sandoval descartó un impacto en términos del crecimiento o disminución de los flujos migratorios. Lo que podría esperarse para un próximo gobierno es que haya un debate más profundo sobre las migraciones. “Si ellos se toman esta cuestión, van a contar con una ley, la ley no va a ser tan mala, quizás esa ley va a desatender ciertos factores que uno pudiera querer, que tienen que ver con el tema socio cultural, el tema de las identidades, pero en materia de gestión y derechos de los migrantes yo no creo que haya tantas diferencias”, indicó.

A través de los relatos, estas nueve mujeres, desarraigadas de sus países de origen e insertas en uno nuevo, cada una con sus aspiraciones, puntos de vista de lo que somos como país y sociedad, dan cuenta de la posición doblemente extranjera que han adoptado. Al no conformarse con el rol poco ventajoso que ocupaban por ser mujeres en sus países de origen, decidieron emigrar. Las que se fueron jóvenes y han pasado más años aquí que allá, las que vinieron a probar y se quedaron, y las que creyendo encontrar una vida mejor en estas latitudes, se dieron de frente con la realidad de una sociedad que no siempre es amable, en este caso, con la extranjera.

Con la nueva ley migratoria que se espera promulgar antes del fin del gobierno de Bachelet, se pretende dar más y mejores oportunidades a los migrantes que llegan a Chile. A pesar que la modernización a esta normativa ha sido pedida por todos los sectores, y desde hace mucho tiempo, lo poco que se ha conocido del proyecto no tiene consideraciones ni miramientos especiales para con los derechos de las mujeres que provienen de otros países, solas o con hijos.

El propósito de este reportaje es darle voz y protagonismo a las mujeres migrantes, que a través de sus historias conozcamos ese doble rol que están jugando, lo que aportan a nuestra sociedad y caigamos en la cuenta que como país estamos atrasados en materias y pensamiento migratorio. Es apremiante actualizar las políticas migratorias y aterrizarlas al género femenino. Es a través del periodismo y del buen empleo de las herramientas comunicacionales que lograremos una verdadera inclusión y contribuiremos a terminar con el modelo patriarcal.

BIBLIOGRAFÍA

Recursos impresos

Camacho Z., Gloria. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano n° 34*, 6 de noviembre de 2010 en *Mujeres migrantes: Trayectoria laboral y perspectiva de desarrollo humano*. CLACSO, Buenos Aires, octubre de 2010.

Camacho Z., Gloria. *Mujeres migrantes: trayectoria laboral y perspectiva de desarrollo humano* .-1ª ed.- Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO, 2010.

Correa V., Bortolotto I. y Musset A. (eds.) *Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2012*. Uqbar editores, Santiago de Chile, 2013.

Correa S., Sofia. *Historia del siglo XX chileno: Balance paradójico*. Santiago de Chile, Editorial Sudamericana. 2001.

Jensen F., *Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile 1990-2012*. Correa, Bortolotto y Musset. Uqbar editores, Santiago de Chile, 2013.

Ministerio de Relaciones Exteriores. *Vocación de Paz*. 2016.

Ortegón, Carlos Mauricio. *Novedad migratoria: refugiados colombianos en Chile en Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile 1990-2012*. Correa, Bortolotto y Musset. Página 143. Uqbar editores, Santiago de Chile, 2013.

Recursos web

Sitio web del Banco Mundial www.bancomundial.org/es/country

<http://www.bancomundial.org/es/region/eap/overview>

Decreto de Ley N°1094. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile,

<http://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=6483&idVersion=2011-04-08&buscar=1094>

Día a día de la mujer: la realidad de las mujeres africanas. 2011. World Vision.

<http://www.worldvision.es/noticias-ayuda-humanitaria/dia-de-la-mujer-la-realidad-de-las-mujeres-africanas>

Por qué Chile es el país con más palestinos fuera el mundo árabe e Israel. 2014. Artículo de la BBC Mundo.

http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/08/140813_chile_palestinos_comunidad_jp

Recursos testimoniales

-Carol Luco, dueña de Pyme “Proyecto Nanas”

-Leyla Basti, Palestina.

-Maria Cielo Manalansan, Filipinas.

-Maria Palshina, Rusia.

-Nadia Tataryan, Armenia.

-Olga Tretyak, Azerbaiyán.

-Olivia Ngunza, República Democrática del Congo.

-Raluca Adam, Rumania.

-Renuka Maharjan, Nepal.

-Rodrigo Sandoval, Jefe del Departamento de Extranjería del Ministerio del Interior

-Ximena Póo, Doctora en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile.

-Yangchen Dolma Sherpa, Nepal.

